

OTRO ALGUIEN MAS

PEDRO
MASSARONI





**OTRO
ALGUIEN MÁS**

Pedro Massaroni

Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2020.

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 9798571778305

Depósito Legal: ZU2020000244

Diseño de la portada: Luis Perozo Cervantes

Corrección: Luis Perozo Cervantes

Diagramación y maquetación: Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com

+584246723597

Salvo por lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podría ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 *eiusdem*, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

OTRO ALGUIEN MÁS

Pedro Massaroni

La Nube Vertical

La nube vertical es agitada de lado a lado, él la mueve quitándole el equilibrio. Ella solo cambia de forma, y, según el tiempo y la hora, se mueve a través del perenne horizonte. Ella es variante morfológicamente, pero siempre vertical, blanca, a veces negra. Con cúmulos de redondez por toda su figura. Como una cotufa o un algodón. Es una nube que emana gran sentido de magnitud, es alargada hacia arriba. La nube recibe el aire como suyo, la tierra como un sueño y el cielo como la realidad.

Un día resplandece brillante en el azul paradigma, el cual, tenía un cierto efecto. Otorgado a ella por la admiración que causa, renovada, cada vez más, cada día más y por completo, aunque solamente en un lado de la nube. El éxtasis total. La nube causaba en quien la veía una gran anhelo de otra época; una de felicidad. Su lado opuesto percibido, a lo mejor, yace en oscuridad solitaria esperando por el ciclo. En un lado le pega el sol y en el otro se contrarresta el calor que recibe. Se desliza victoriosa, fugaz para muchos, no para él, aunque duerma. Poca gente la detalla para reconocerla, solo su admirador la mira, como si estuviera a la vista su tope, por encima de ella. Desde abajo se completa con sus ojos lo que sus alas imaginativas resuelven. Sin filtro o estructura corpórea definida da presagio estático del día. Es esperada,

aunque su tiempo está suscrito a su esencia. Él despierta fijando su atención en las cortinas que niegan la unión. La mueve con cada respiración. Fecha y hora mezclan el anuncio, que asumido como suyo propio, despierta la atención. Mensaje tras mensaje el humano se da cuenta cual es la finalidad de lo acometido durante toda la semana. Forma tras forma ella continua dando señales.

Elegido por la nube en una dialéctica poco convencional, día importante para él que sigue en el calendario. Él vive, por ende, ella también. Debería de estar cerca. Se siente el encuentro, apenas el gran círculo perfecto aparece en el espacio corrompido por la tridimensionalidad de la nube vertical. El brillo es tanto que el día es solo un reflejo. El sol da el comienzo del día, al frente de la tapada ventana él prende un cigarro. Último de la caja de ayer guardado especialmente. Abre las cortinas sin temblar su pulso bipolar. Director de orquesta. La luna llena en su ojo somnoliento pasa a pequeña estrella enfocada por la luz. Su pupila centra la imagen. La mira. La nube se siente, completamente atravesada su superficialidad, la observa su compañero de eternidad. Cerca del sol como de él, la nube se desenvuelve auténticamente crónica en esencia. Se interpone inocente y emocionada entre ellos dos, para resaltar su forma y a todos iluminar internamente. Él, quien está parado presencia el eclipse de nube. Soporta su cuerpo. La cabeza inclinada hacia arriba. Un viento mutilando la verticalidad, corta la nube como lonjas de jamón, algodones gaseosos, motitas blancas que

son colocadas a lo largo del celeste abismo. Cubierto el cielo con pedazos de la nube como olas. Se acaba el cigarrillo, y de nuevo, su pupila dilatada.

I

Los andares de la sombra colorida y su liviano carácter, como sonido de huesos mudos al caminar, proyectan sobre la esfera el descanso de la digestión que a veces es mental y ocasionada por la ingesta de los alimentos inmóviles que tardan acciones en salir, cuando esto sucede, salen esparcidos. Es otro estado de conciencia. Parece una alucinación.

El jardín es amplio, aunque la figura cuadrada de la grama me desvía la mirada hacia las paredes. Instantáneo recorrido visual. Al final del jardín hay una puerta de metal con un candado. Se ve a lo lejos. También hay mesas con sus respectivas sillas, ellas componen una amena comodidad. Las veo desde donde estoy parado; en el comienzo del jardín. Las ganas de sentarme doblan por completo mis rodillas. Me mantengo parado. El gris oscuro de las paredes contrasta con la luz de los faros, esa luz que se transmite cual aura, difuminando la tonalidad del gris, en otro color, uno un poco más tenue. Los faros de color negro y alargados están postrados en el jardín.

Es una noche brillante, no solo por la luz que evapora y el sentimiento de algo inesperado. El verde es ahora solo un recuerdo, y sus picos; fluctuaciones cambiantes. La irregular grama es un mar. Es temprano, aunque el rato se ha hecho largo y todavía no ha llegado

nadie. Estoy solo. El cielo no tiene nubes. Mi llegada es el comienzo de la reunión, igual, mi intención no es ser la de organizador. Me relajo, respiro profundamente. Tengo mis pantalones favoritos, la última vez que los lavé temía por su desgaste. Son de color marrón, todavía, un marrón más claro que el de mis zapatos. Con su suela pisan la suave grama, tan suave, que casi me da lástima estar de pie. No se ensucian como algunas veces pasadas, pero tampoco hay camino de piedras que crucen la grama. Volteo hacia la casa de grandes paredes blancas, lisas, con grandes ventanas a los lados y fuertes columnas, al igual que vigas. Esta estructura me recuerda algún lugar y a la vez; sus detalles son únicos.

Por más que enfoque tratando de localizar a alguien no parece haber nadie dentro de ella, ni nadie ha entrado. Ni el dueño está en su cuarto, no hay luces prendidas. La camisa de botones me aprieta, suelto un botón, el primero que consigo de arriba abajo. Vuelvo a ver el jardín tranquilo dejando mis manos cruzadas, a la expectativa que solo mis cejas sienten. No pienso en nada, con la espera basta. Le doy la espalda a la casa apagada.

Pasos y voces se avecinan desde el interior de la casa. Es un sonido envolvente. Reviso los distintos niveles. Surgen de la oscuridad distante, hacia mi cercanía un grupo de amigos. Los conozco a todos, y a otros los he visto, a lo mejor aquí o en otros lugares. Amigos de amigos, y amigos de mis amigos. Me saludan como si la culpa del silencio anterior fuese de ellos, y la bulla por ve-

nir, un favor innato que no se le niega a ningún presente; una música inunda mis oídos. La luz del faro ya no refleja tanto vacío y su brillo roza pulseras y relojes. La puerta trasera y su candado no tienen presencia ya.

Creo que comenzó la celebración. Maquillaje y colonia. Qué amena esta noche tan despejada y clara. Muchos brazos se mueven como si trotaran. Llegan más y más panas, el jardín está repleto. Muchos zapatos pisan la suave grama. Hay botellas y vasos llenos. Bocas aleatorias soltando humo y sonrisas de lápiz labial se combinan. La casa llama mi atención de nuevo. Pierdo el hilo de la conversación en la que me encuentro. El cenicero en la mesa se atiborra de colillas. La música se propaga de oreja en oreja.

Entra al jardín Ella. Su mirada se cruza con la mía. Toco mi bigote despacio, pues, no lograría dejar mis manos quietas ni que quisiera; ni que soñara. No viene sola, sus amigas están también, no entran todas al mismo tiempo. Algunas de ellas se quedan dentro. Desde donde se emite la música. Adaptadas a las furtivas miradas. Las puertas transparentes vislumbran mis párpados y me devuelven a mi sitio, estoy reflejado en ellas. La conversación ya pasó a ser una desgracia inalcanzable como salvación para mí, así que respiro. Solo trago y hago silencio afirmativo. Tragar y escuchar para caer en cuenta.

Ella se acerca atravesando el jardín saludando muy amablemente. Avanza, no se toma mucho tiempo en besarnos a todos. Roba la luz de los faros y ya no parece

de noche. Mis manos acarician los bolsillos del pantalón. Muevo los pies. La gente parada en sus íntimas conversaciones no se molesta en voltear a verla, Ella los cruza, ni pendiente; es que sencillamente no voltea. Creo que no la conocen, Ella sabe a dónde caminar. La grama es su alfombra, y el jardín, un campo minado que conoce.

La silla en la que estoy sentado es de metal, la pintura es blanca y el tiempo ha logrado separar la capa más desgastada de la conservada, resaltando otro color indefinido. Me alcanza parte de la brisa, esa que es pasajera y que solo pelos y piel conocen. No sé cuántos tragos llevo, pero no hay efecto alguno, percibo muy bien como fluye la noche inerte. Me aseguro de mantener el ron en la mano y mi mirada concentrada en lo que quiero. Aliento y palabras convergen. Temas nocturnos que en la escena cobran identidad. Me río en un ataque frenético, casi tumbo el trago, la mesa casi se desploma. No hubo chiste más que mi propia percepción. La conversación había logrado un nivel de expresión al punto de ser irreflexiva y tengo la sensación de que es temprano.

El pulso parte la circulación. Me tocan la espalda. La cara de uno de mis amigos no adviene con la misma energía en la que estoy, más bien su frustración facial es del relieve rugoso de la pared del jardín, mi ya borrada sonrisa se esconde dentro de mi boca. Me aparto con él en señal de preocupación. Los demás no paran de hablar y joder. Casi derramo, otra vez, parte del trago en mis zapatos al levantarme. La silla de metal es muy pesada.

—Hay un problema —me dijo.

—¿Qué pasa? —Dije sin imaginar lo que me diría.

—El aire no funciona. El ventilador se ha descompuesto y no circula el aire. —Dijo sin pestañar.

Mi pecho se aporreó con presión, los poros se me irritaron al punto de que el sudor comenzó salir. Me pica la cara por un instante.

—Estamos en un espacio abierto, no le des mucha importancia —le respondo.

Me vuelvo hacia la mesa repleta de tragos y amigos. Ya el cenicero no aguanta una calada más.

Antes de avanzar alzo mi vaso a una altura media entre mi cuello y mi boca, miro fijamente a mi amigo, quien ya había cambiado su expresión. Tomo un sorbo invitándolo a hacer lo mismo. La música logró apartar las palabras recién dichas y la grama neutralizaba, conjunto con la suela del zapato, mi velocidad y también mis ganas de regresar. Él hace lo mismo.

Cerca de la mesa, su situación ha cambiado radicalmente. Ahora un juego de tomar se había establecido. Licor puro rota de mano en mano. Gritos y explicaciones de quién debe tomar. Risas alborotadas y risas genuinas comparten orejas con la música. El juego los une. En la trayectoria ya le he perdido el ánimo, pues no me quiero quedar parado; se me hace incómodo el hablar con los que están sentados.

Diviso a Ella no muy lejos, explicándole a su amiga la razón por la cual algo, que no sé qué es, ni nunca sa-

bré, no pasó como debía, o sí lo hizo y es la mera justicia quien se ha encargado de ese acontecimiento. La amiga nota mi presencia, no de mal modo, ni peor que el de fallar, creyendo que algo iría de una manera, que es errónea. Parpadea, tiene la boca cerrada, se va a servir otro trago, no será el último. Mientras camina mueve el vaso de lado a lado, casi que apurada por tomar. Se disuelve en la música. Hay gente de por medio que sigue hablando, sigue fumando y sigue tomando, estuviesen parados o sentados. El género musical contiene un bajo muy saltarín, alegre y repetitivo.

Sin decirle nada a Ella, ambos nos dirigimos hacia la casa entre toda esa gente caminando paralelamente. Pendientes con los codos ajenos y propios. Entramos, la casa nos acoge. El piso es tan liso y pulido que brillan las sombras que lo pisan. El cambio de temperatura se siente, el ventilador de verdad se había fundido, siento que las paredes me miran. Las paredes tienen cuadros, la mayoría enmarcados elegantemente.

Mis manos entran en calor. No dejo el trago en la barra. Los pantalones caminan solos hacia las escaleras aunque al compás de sus tacones. Andando, la música y las risas son lejanas ahora. El juego no tendría ganador ni perdedor. Ella nítida, mira el final de los peldaños, su pelo despliega el resto de la habitación de manera que fuesen inmóviles los objetos. La noche brillaba en sus ojos. Ella sujeta la baranda de madera gentilmente. Sube el primer escalón.

Ascendemos para alcanzar la intimidad que las palabras no tocan ni simulan. Sofá. Un glorioso sofá de tela morada oscuro. Tela entretejida que suelta aire cuando se le pone peso encima, como un alivio, como un suspiro. Nos besamos, mis manos tocan su suave pelo. Dulces labios. Dulce lengua. Dulce como mi trago, trago que no es amargo al final de la noche. Otro tipo de música suena, tan alto. No es la misma que escuchaba antes. Es otra. Completamente una canción distinta, a mi parecer es interpretada en vivo, pero no proviene de abajo.

Con los ojos cerrados ya el beso se desvanece. Dejamos de besarnos. Hay una puerta abierta diagonal al sofá, curiosa, muy curiosa. Ella reconoce algo de ésta, como si la hubiese visto antes. La puerta corrediza era de vidrio su marco era blanco. Una alfombra bordada con hilos dorados da a la vista una figura extraña.

La puerta es la entrada hacia otro jardín. Tiene un toldo alto, blanco de fiesta del que se desprenden telas rojas que combinan con el mantel de las mesas. Este jardín es inmenso, también tiene grama. Ninguna de las gramas es artificial, se ve que las habían regado por la mañana, ni idea de qué hora es. Las sillas también están adornadas son de madera recubiertas por forros rojos.

Al fondo del jardín hay un bufé, en él se consigue todo tipo de comidas, desde las más simples, hasta exquisiteces costosas. El chef es reconocido localmente y ronda aceptando cumplidos, su gorro blanco me es peculiar. Las personas rondan por las mesas, hay tanta gente sen-

tada como parada. Nuestros primeros pasos atrajeron a varios conocidos quienes aparecieron entre el humo y las luces de colores, me saludaron, tengo varios días que no los veo y sus rostros me recuerdan sentimientos que emanan el más profundo contento. Todos están muy elegantes. Todos comparten lo que saben y lo que sienten. No dudo, ni tampoco Ella; nos unimos a la fiesta.

Ella parece desnudar a las personas con sus palabras y cada persona que llega y pasa cerca de nuestra mesa tiene algo que decir. Cosas personales o de otros, todas calzan en un orden, en una moral. Además de introducir a quienes no conoce, y a aquellos a quienes finge no conocer. Compartimos un secreto.

Los tragos circulan gracias a los mesoneros, con sus guantes entregan los vasos como también retiran los platos con la mayor seguridad y con estos, los cubiertos. Hay demasiados ceniceros, tantos por mesa que algunos ni eran usados. La música es interpretada en vivo, una banda de jazz es deslumbrada por los faros que le apuntan. Los instrumentos brillan, los mueven de lado a lado. El baterista me mira fijamente, luego hace un truco con las baquetas, algo genial.

Cada vez siento con más fuerza que me uno a Ella, y cada vez menos resistencia es propiciada. Tanto por el flujo de entretenimiento como por la misma presión en nuestros ojos, que reside cuando nos vemos y escapa a ese entretenimiento que sabemos no nos roba tiempo, pero nos separará cuando se apague la música

sino disfrutamos al máximo. La noche sigue y avanza con palabras suaves y bien encaminadas. A veces con gritos emocionados, en la distancia se ven nubes acercarse desmenuzadas, son varias pero tan delgadas y tan alargadas que no llegarán ni que se junten como alambres. Como motitas de algodón. El jardín es una fiesta. Mi trago suda su servilleta.

No me he parado de la silla en un rato. Se han llevado mi plato, y el de todos en la mesa. La cantidad de colillas aumentó. Mi trago yace como debe estarlo, pues lo he dejado así. Estoy lleno y saciado, la camisa me aprieta, miro y desabotono un segundo botón. Ella se para de su silla, tiene un síntoma de extrañeza, se le ha perdido algo, una pertenencia que tenía cuando llegó. Me toca el hombro tan rápido que no puedo ni sujetarla para preguntarle por su alarmante reacción. Me volteo igual de rápido. Ella se va. Un mar de caras se borran. Como si el pelo y la carne se licuaran a medida que recorro con la vista el inmenso jardín.

Me mareo y tambaleo. Veo la casa, otra perspectiva borrosa de la casa y es lo último que veo. Abro los ojos, siento las pestañas tan cerca de mis manos, la respiración acelerada, mis manos huelen a nicotina. No tengo los ojos totalmente abiertos. A través de la cortina rayos de luz pintan un nuevo día. He sobrevivido a la noche en un magnifico sueño que terminó por robarme la imaginación. Siento que tengo el estómago vacío, algo de la irrealidad se ha quedado conmigo. Estoy hundido. La

cama muy dócil me ha sostenido y las almohadas me han protegido de cometer locuras. Mi cuarto está a oscuras, los dibujos en las paredes son meras sombras todavía. Debe ser tan temprano que el sol sigue oculto. No volveré a dormir, y si lo hago no regresaré al mismo sueño.

Hace más o menos un año que Ella me gusta y desvía mi atención, como a veces me ciega y sus acciones dibujan mi recorrido más cercano. Tuvo novio. Ahora esa relación es pasada. Creo que aprendí, aunque no fui parte del lazo entre ellos. Muchas cosas pasaban en aquel entonces. La vuelta a la escena del pasado es confusa.

La he visto en otras ocasiones, pero no he concretado nada. Nada es exactamente una suerte inequívoca que las palabras no pueden explicar. Este fin de semana hay una fiesta, antes de eso, un pre despacho en casa de un amigo mío. Un helicóptero pasa haciendo un estruendo por muy temprano que sea. Va a ser un día alocado. Mi cama es solo el refugio. El día ya comenzó en mi cabeza.

Ella me recuerda a otras mujeres. Tantas que ya las conexiones cambian, cambian también las caras, el cuerpo, y hasta el pelo. Tantas conexiones percibidas de intimidad ficticia. Me recuerda esa sensación a los disfraces, a las máscaras, y sobre todo a los detalles únicos de los días que pasan, donde distintas señales me separan como me acercan a su vida. Vida que reside en un solo lugar. La vista gorda de la juventud y su apacible disolución. No es que sea una ciudad pequeña, solo la rodea muy marcadamente la montaña; todos se conocen o están por conocerse.

He tenido otros sueños muy raros esta semana, no como este. Hace unas noches soñé que se rompía el lente de mi cámara, se caía al piso de frente desde mis manos. Las manos las sentía tan torpes, casi como tener dos manos iguales; dos izquierdas o dos derechas. Igual utilizaba la cámara, como si no importara que la foto quede mal por culpa de un vidrio roto. Estaba obligado a utilizarla en el sueño. Ese sueño fue horrible, quería despertar, solo para no sostener más la cámara. La cámara es pequeña y negra. Su lente es similar a un ojo de pez, angular. Tomo fotos casi todos los días, la compré para eso y el forro la protege de la cotidianidad. Cuando la compré los accesorios no venían incluidos, así que el forro acuático me costó un extra.

Apenas es jueves. Ya comenzó. La cama está más cómoda que nunca, el frío mañanero ha recubierto las sábanas y estas contrastan con mi pijama. El short que tengo es demasiado cómodo. Cuando me fui a dormir no me esperaba esto. La cartera, ese accesorio que había dejado Ella en la parte inferior de la casa en el sueño, trae su imagen fugaz con la sensación de contener algo imposible de alcanzar. No para alguien que solo estudia. No cómo para sostener el peso del brillo de la correa de la cartera.

Unas vidas por delante

Otra vez, Persona se levanta de su cama dispuesto a seguir con su rutina. Tiene dieciocho años y pronto terminará de graduarse para dirigirse a un bien mayor. Logra salir de su casa, todavía medio dormido, y llega al colegio donde con sus nuevos y viejos amigos se consigue para disfrutar de un cigarrillo mañanero.

Entra después de echarse perfume en grandes cantidades. Las clases continúan una tras otra con un leve despliegue de piernas mientras su mente sigue en el salón. El timbre acelera el compás dando una energía extra para salir del hueco.

En su casa come viendo televisión, contempla todos los canales hasta que se cansa y deja un episodio repetido, el cual ya vio, no una, sino varias veces. Moraleja no queda ya, sino una leve e inútil crítica.

Despierta de nuevo, solo que de la siesta. Camina hasta tropezar contra la ducha con los ojos cerrados. Sale de la ducha dejando lo transcurrido del día en el pasado, y entrando a un futuro, puede delinear una abstracta prolongación autoidealizada, aunque cualquiera de las opciones no alterará en lo más ínfimo de su trayectoria. Persona lo sabe inconscientemente.

Sentado en la mesa de su cuarto, no en la silla, saca un block de dibujo ya comenzado. Sin una visión de

lo que planea expresar, busca ayuda en las cornetas sin moverse de donde está. Canción tras canción un dibujo se crea. Persona y sus fugaces manos. Al terminarlo se da cuenta de que indudablemente se había dibujado; se dibujó a sí mismo. Asustado por lo mucho que para él significa, aunque él no se tome en serio este tipo de cosas.

Sale buscándose en sus amigos. Toman un café y ven a la gente pasear. Una señorita lleva su mercado a la casa, las bolsas cuelgan. Un señor de gran tamaño pasea su perro sin correa, palabras dirigen la atención del perro. Niños juegan a la pelota sin arquerías, el balón rueda sin control alguno. Todos dispersos en su cuerpo pero atrapados en el ahora, *atrapados en mí*.

El sol se compagina con la mitad de las nubes que se ven en el horizonte. El día había acabado pero todos los días restantes serán parecidos, esencialmente. En el fin de semana tratando de olvidarse visita su local preferido. Ya no buscaba encontrarse. Alto volumen acompaña la melodía de las canciones del momento.

Mientras un vacile desborda botellas de ron; el fuego abraza cigarros mortales. Mujeres bailan y bailan repitiendo la misma sensación una y otra vez. Regresa el brillo al carro que conduce por la Cota Mil de vuelta a su casa, cansado para descansar del relajo de ser Persona.

Se levanta, le apetece su desayuno favorito: unos cereales con leche. Coloridos en la blancura y cazados por la plateada cuchara, los cereales por montones van desapareciendo. Cada uno distinto y con posibilidades

distintas de afrontar a un gran plato reciben el mismo fin. Está tranquilo. La noche no dejó rastro alguno. Su vida sería así hasta que repentinamente cambie.

Nueve años más tarde y el potencial de Persona sigue proyectándose. Ya es un hombre independiente, tanto así que aunque muriera sus acciones seguirían. Graduado de una de las mejores universidades y viviendo en casa con su novia, empieza a buscar en su hogar pasado, recuerdos de sus momentos más difíciles.

Para retomar el sereno apreciar de hasta adonde ha llegado, revisa de todo. Se congela al descubrir su viejo block de dibujo, directamente va hacia el retrato y consigue exactamente su rostro actual en él. Perturbado porque ha visto el futuro se da cuenta de que no puede seguir viviendo. Su rutina traería lo que él no sabe. Deja su casa, deja su familia, como una suerte de Buda; ya les había patrocinado lo necesario, tanto física como psicológicamente de lo que requerirían para su partida.

Comienza un día como cualquier otro. Persona se levanta de su cama, no se baña y va directo al trabajo. Calle tras calle revisa por basura en el piso, sean, latas, bolsas plásticas, más cartones para su cama, entre más porquerías consumistas y las lleva consigo a cualquier lado que vaya. *No para que la gente lo vea sino para que yo lo vea.*

Cada vez con sus pupilas logra enfocarme. Distante de todos, los veo en completo. Nada valoro más que la trayectoria. A lo largo de la vida humana he visto grandes personajes cumplir su más íntimo deseo y ¡vaya

que algunos lo logran explotar al máximo! Ninguno igual a Persona pero varios han entendido, que no se trata de que yo te vea trabajando para ti sino para los demás.

II

Lentos son los patos y los monos que cerca de mí viven en este ecosistema de varias especies. A veces durante la mañana algunas cornetas son la razón de queja y molestia, a veces el respirar con su inhalación y con su exhalación.

Estoy sentado en la cama. Las sábanas están por el piso, deformes, enrolladas una sobre la otra. El piso está frío. La cabeza me pesa, veo mis pies, los muevo, juego con los dedos tratando de estirarlos. Acomodo mi franela, me paro y voy despacio hasta el baño donde el espejo traza mi barba cada vez más larga, irregular, y con aspecto suave. La toalla colgada desde la última vez ya está seca. La luz amarilla a estas horas de la mañana me confunde.

Mareado. La cerámica es reluciente. Hoy es jueves. Las clases comienzan temprano y terminan al medio día. Todo está frío y las cosas del baño con sus colores crema pretenden ser más suaves de lo que aparentan. El baño solo contiene lo esencial, su puerta puede, bien ser transparente, como también pudiera entrar y salir de ahí sin ningún problema. No es muy amplio, más bien es cómodo, es cercano. Los dibujos en las losas desorientan.

Pienso que hay peligro en la calle, una manifestación se llevará a cabo en el transcurso de la jornada. Las

fuerzas civiles se manifiestan otra vez. Mi ruta para realizar las actividades no interfiere con la decisión de aquellos a los que motiva la idea de seguir saliendo a las calles. Se ha ido en múltiples ocasiones. Héroes de acción mediática como también presas del fuego. La vez en que se definirá el país, como la vez en la que el país nos definirá. El azul crema de la poceta me recuerda a las mañanas sin nubes donde la brisa pega de repente. El hueco en mi estómago es abismal. Me pesan los párpados. Froto mi nariz repetidas veces, tratando de centrarme.

Las oportunidades juegan con uno, y con todas las esperanzas de que esta situación mejore. Los nervios son la famosa bomba que se ha vendido a los políticos y la razón, la causa de una nueva bomba. La mañana no es un nuevo comienzo, solo es la prueba de orina, la atracción favorita del viento. La inocencia de abrir los ojos al despertar solo trae su equivalente inocencia al volverlos a cerrar. De todas formas, la base de sus actividades me hacen sentir que soy una persona nueva cada vez, aunque siempre sea de mañana en algún momento del día. El miedo no puede frenar algo que consigue su fuerza en el *Otro*.

Un cúmulo de personas está cerca. Aunque en el atardecer el rosado se vea de un mismo color crema. Los gustos se acumulan o se contraponen, descubrir los gustos es mejor que saberlos, o eso creí; y creo que me gusta de esa manera. Olvidarlos es solo presentar fallas como también atraer leyes. Gustos e inocencia, qué puede salir y qué

puede entrar. Maneras erróneas de pensar y de gobernar; maneras tácitas de entendimiento y de cordialidad.

No hay agua en la casa. No agua en la casa desde ayer, siempre se me olvida. Los miércoles por la tarde el tanque se apaga. Es casi un ritual. El nivel de empuje del chorro disminuye hasta que es nulo. El edificio entero sufre la decadencia de un desierto. El tanque está vacío ahora y lo estará hasta el próximo lunes. Solo se dispone de agua en cierto horario. Dejo abierta la llave del lavamanos con la esperanza de darme cuenta cuando ella llegue. Lo hago con la ilusión de que igual corra un chorro. No corre agua. No me quito la ropa.

Agarro mi teléfono y me siento en la sala. El teléfono me pesa en la nuca, lo sostengo con las manos, pero, logra inclinar mi cabeza hacia abajo. Más de lo que ya estaba cuando me levanté. Mis cejas muestran gran arco ahora que las extiendo. Medio ciego, despertarme me cuesta demasiado. El brillo de la pantalla resplandece. Bajo el brillo del teléfono.

Entre los mensajes que no revisé ayer está uno que anuncia la cancelación de la primera clase. Es una de mis preferidas de las nueve materias, me divierte; el profesor es pana mío, ya me ha dado clases antes y comparto su estética. Ser escritor conlleva múltiples caminos. Surgir como escritor te pasea por el mismo camino incansablemente, aunque en un mar de posibilidades. Se pueden escribir muchas cosas en la actualidad. Sus preferidas son los guiones, se encarga de que lo que escriba llegue a la

realidad de alguna manera, también ha desarrollado otros proyectos como libros. Sentado, tomo todo el tiempo que hace falta para saber los cambios en las actividades. Tengo noticias del día de hoy que tocan las actividades realizadas el día de ayer. Las conclusiones son mensajes, lo demás, puro proceso.

Entro a mi cuarto sin querer abrir las cortinas para no encontrarme con la cola que se forma delante de mi edificio. No la abro. No la abriré. Mucha gente duerme en las aceras desde tempranas horas, o incluso desde el día anterior, para poder adquirir alimentos que ya no se producen en el país. Casi nada se produce actualmente. Qué larga la noche para aquellos. Hay cartones que tapan los pasos ciudadanos, sirven de alfombras después que el venezolano lo usa de escudo contra la adversidad.

Su fría brisa y alumbradas aceras, por postes, hacen de la noche una cuna silenciosa para las motos donde personas intentan sucumbir a la expectativa. El insomnio ronda por todos lados y en cuanto es percibido cambia su cara estilizada a una nueva. Faltan la mayoría de los alimentos, se importan desde otras tierras y hay que pagarlo con dinero devaluado y en decadencia de todos. Escucho como el grifo estalla, llegó el agua. Salgo corriendo hacia el baño. Me llevo el teléfono.

Me doy una ducha y cuando salgo mi mamá ya está lista para salir a trabajar. Perfumada y con su camisa por dentro, la correa impecable y los labios pintados. Los zarcillos no tan llamativos. Es gerente y tiene que salir temprano. La

semana está tensa por acabar, por robar lo que se le quiso imprimir y que igual queda en algún lado. Con su fin de semana al final y su comienzo en la siguiente. La semana concede lo que el año no termina nunca, una aparente finalidad en el tiempo, una conclusión, un devenir.

Le comento acerca de la primera clase, su cara es la misma de la semana pasada. Me señala dónde está el desayuno y mira al microondas. Sus tacones son el segundero del reloj biológico que me distrae, me recuerdan algo, me distrae enormemente. Me ata a la cordura de ser cada vez más como yo soy, y, cada vez ser menos humano me caracteriza. Mi mamá trabaja y hace el mercado los jueves, la casa se limpia los viernes. Hay rutinas y órdenes. Sigo en toalla. Ella agarra una botella de agua de la nevera, su cartera, sus carpetas y se dirige a la puerta. Se despide y suena tras su voz la puerta.

Me fumo un cigarro. Su humo y su ceniza parecieran que activaran algo en mi cuerpo que estaba dormido. Creo que es mi estómago, creo que me falta comer el desayuno. La cama sigue desatendida. Recojo la toalla que estaba en el piso y la cuelgo. La ropa la puse en la cesta.

Antes de vestirme llega otro mensaje al teléfono: “la marcha fue suspendida por diálogo”. La oposición y el gobierno han acordado tratar los temas de forma pacífica. El diálogo fue pensado para traer soluciones. Son temas que no bastan ser hablados, y si lo son, la brecha divisoria en cuanto a las acciones a tomar siempre causa una vuelta atrás. Varios poderes se distribuyen. Varias

acciones se concretan mundialmente al mismo tiempo. Boto la ceniza.

Un culpable y un inocente. Unos, cómplices del culpable, y otros, víctimas, unidos en su desgracia. Mientras la economía y los que duermen en las calles son asuntos de estadísticas y no de una voluntad por falta de líderes o dirigentes. Los escenarios de la burocracia son el espejo donde se encierran esos líderes hoy en día o donde los enemigos de la justicia, en indiferencia e hipocresía, se miran completos al margen de las esquinas. No hay escapatoria de la adicción política. No hay camino para entrar en ella. Me termino el cigarro.

Sin conocer otro régimen me dispongo a ser parte de la solución y a aceptar pacíficamente que estas mitades irremediables dialoguen. Hay oídos que están hartos de no escuchar y otros que están tapados. Muchos son los que quieren actuar. Universalmente somos la burla. La copa cristalizada del pasado, que se rompió cuando la lavaban de tanta sangre, y nos fue vendida en piezas con un mapa de dónde va cada astilla; y qué función cumple. Las reacciones del humano y sus inesperadas estructuras de soporte. Las redes y sus patas de pulpo.

El continente que abraza sus raíces mientras pide ganarse todo el globo, de diferente manera reconoce su espera en la voluntad de sus banderas, de sus lugares, de sus formas y de sus fluir en conjunto. Es deprimente saberlo. Suelto el teléfono. Lo dejo cargando de manera que sigan llegando mensajes.

Reanudo mi dormir en la cama. Es demasiado temprano y tengo más de dos horas antes de la siguiente clase. Descansar ahora es no descansar después. Esta vez no sueño con nada, veo negro cuando cierro los ojos y negro justo antes de abrirlos. Por fin abro la cortina de mi cuarto. Lo hago apresuradamente de un tirón. Casi me ciega el resplandor de la ciudad, tan vivaz y extrovertido.

Por mi ventana se ve el Parque del Este y su extensión de árboles que junto a sus raíces destellan algunos zapatos de corredores, como también laguitos y uno que otro par de aves blancas. La montaña escupe al parque. El cielo está de un color espectacular, azul celeste. Por las calles pasan carros. La cola se ha dispersado, seguramente ya están dentro del mercado. Las calles y sus aceras son grises.

Es noviembre. Al fin se va a terminar el año, qué duro ha sido para todos. El fresco mañanero es para mí como el vapor de la ducha, sensaciones que no se comparan, pero cada una igual de única. De espaldas al Ávila, con la vista a la ciudad; la ventana se ha robado mi completa atención. Recuerdo que mi desayuno sigue en la cocina y que tengo que calentarlo para salir.

Dejo mi cuarto con la imagen del otro lado del parque donde se ve a lo lejos el letrero que dice Caurimare en letras blancas sobre la montaña que esconde al Cafetal. Algunos edificios son bastantes altos, otros no tanto. Algunos comenzamos rápidos con los quehaceres.

Todos los esperamos con deleite. Algunas vallas

publicitarias están regadas por las calles. Tienen colores que destellan.

La llegada de los movimientos propios de la Rómulo Gallegos, han acrecentado el nivel de las hormonas junto al olor que desprende los tubos del techo de la panadería que está en la planta baja de mi edificio. Carros, autobuses y motos. Pasteles, tortas y dulces. Todo lo que sube baja y lo que se mueve horizontal, es percibido como causa de un nuevo movimiento. Mi mandíbula mastica el desayuno. El microondas con la puerta abierta y la cifra de segundo inexacta de su uso siguen sin ser borrados. El café con leche y su vaso cotidiano. Caliente, como también a veces a temperatura ambiente, refresca mi garganta y la desocupa. No miro la televisión cuando desayuno.

El silencio se contagia. El banquito de la cocina es de plástico. No tiene respaldar. Sigo vestido con ropa de estar en la casa aunque ya me bañé. Tengo puesta una franela blanca y unos shorts grises cómodos. No tengo prisa, voy justo con la hora. Cada bocado de pan mezcla el queso y el jamón. El pan caliente y tostado. Lo agarro con una servilleta.

Después de desayunar, regreso a mi cuarto. Agarro el yesquero. La caja de cigarrillos que ya está por la mitad. Enciendo uno mientras alcanzo el cenicero. El estiramiento hacia la mesita de noche me da cólico. Corriendo, con el cigarro en la mano, me dispongo a entrar al baño. Sentado en la poceta reflexiono acerca de la última bajada de agua que le queda. Esa recarga que se acumula y es perenne a la

falta de agua en todo el edificio. Aprovecho la oportunidad de quitarme la ropa. No la meto en la cesta de la ropa sucia, sino que la regreso al cuarto, está limpia. Ya tengo más claro la tabulación del día. El orden de sus actividades me coloca en el aquí y en el ahora. Boto el cigarro por la poceta cuando bajo el agua.

En el cuarto, abro mi closet. La mayoría son franelas, lo demás, pantalones y suéteres. Hay ropa de varios colores y están organizadas por su tonalidad. Desde negro como principal hacia la izquierda terminando en un azul oscuro que fácilmente se conecta con el comienzo. Todas están limpias y colgadas en ganchos, mi mamá las lava, yo las cuelgo. Hoy me pondré una franela de color blanco. La mayoría tiene algún dibujo, diseño o nombre de bandas escrito con su respectivo logo, como la de los Beastie Boys.

Solo dos son totalmente blancas y esas las uso para la casa. Escojo una con un dibujo retrato de Frida Kahlo. Muy viva encima de un fondo, sus cejas son una, y la seriedad de su rostro convoca introspección al que la confunde con alguien más. Esta en especial la compré en un viaje que hice en el año de mi graduación. Le compré a mi hermana la misma franela, ella le quitó las mangas a la suya. No nos la ponemos los mismos días, no tratamos de que eso suceda, pero no ha sucedido.

Me coloco mi pantalón negro y unos zapatos cómodos. Hacer el bulto no me toma mucho tiempo. Le incorporo una botellita de agua a uno de los costados,

y en el bolsillo de adelante, el más pequeño, coloco las llaves de la casa; esas que no saldrán hasta que vuelva. Hasta que retorne concluso o inconcluso, con energía o fatigado, con disposición a tiempo de ocio o con el tiempo contado. Bajo por las escaleras hasta el cuarto piso del edificio. Son burda de escalones. El ascensor solo llega a los números pares. El único ascensor que funciona de los dos es el del lado derecho. Ya que no reparan el otro. El izquierdo funcionó por varios años, luego se dañó y se ha reparado defectuosamente unas cuantas veces. Ya pensar en repararlo es afrontar una serie de gastos incalculables. A esta hora no me debería conseguir a nadie. Las puertas se abren y tengo razón. Marco planta baja y miro el espejo fijamente. A veces me confundo y marco el piso cinco y tengo que volver a donde ya estaba, pero no es el caso. Jueves y con bastante energía.

Al abrir la puerta que da con la calle, tras bajar las escaleras de planta baja. Tengo que hacer un esfuerzo en separarla, está bastante pesada. Suena cuando se abre. Agarro fuertemente la manilla. El escalón se me da con facilidad. Saludo al vigilante que de seguro lleva horas despierto. Él siempre tiene algo qué decir. Ve demasiada gente, mucha se mueve de manera que fluyen las caras con ritmo constante. Varias personas lo conocen. Es la conexión entre el edificio y la vida urbana. A la cual sale cada vecino en muchas ocasiones. En su saludo corto sé que tiene varias cosas de las qué hablar, de las que mencionarme. Los temas de conversación son hoy en día tan

variados como un catálogo, y tienen las dos caras finales incluidas. Creo que le tengo miedo a las posturas y su relación con la nada.

Entro en el metro tras bajar unas escaleras, la estación Miranda, bajo más escaleras y enfilo hacia Palo Verde. Las escaleras son mecánicas. Me guardo en el bolsillo el vuelto de haber comprado con el billete de mayor denominación un ticket de múltiples viajes. Los torniquetes son propensos a dañarse. El tren impulsa el aire del oscuro túnel, su sonido particular es prominente.

Las dos luces dibujan la cabina del conductor. El gran vidrio por el que ve resplandece cuando sale a la luz tiene un número encima conjunto a la dirección a la que va el tren en color amarillo sobre negro. No he terminado de sucumbir ante los peldaños cuando siento que me tocan la espalda. Que un desconocido de forma aleatoria haga eso resulta extraño. No confío en nadie cuando camino.

Mi cara es propia de alguien que no cree posible que tenga asuntos pendientes en un lugar tan solitario como el Metro, donde la diversidad de los destinos intercala categorías y a su vez perspectivas, como también circunstancias diversas. Volteo ansioso sin dar otro escalón.

Sostengo el aire. Es el vigilante nocturno, quien regresa a su casa sin el uniforme. Me echa broma por mi susto y no tengo respuesta positiva. Su turno ha sido relevado y su ropa indica que en el morral tiene el uniforme de trabajo. Tras hacer comentarios con respecto a lo tarde que voy logro terminar de bajar las escaleras. Esas

no eran mecánicas.

Logro entrar en el vagón. Me quedo esperando a que las puertas se cierren. Sin apoyarme en las puertas tranco el paso cuando ya se hubieron cerrado. El bulto en mis dos manos. La espalda no apoyada en las puertas del vagón, pero si me desbalanceo sí logro apoyarla. La siguiente es la estación en la que me bajo, Los Dos Caminos en la mitad está la única escalera mecánica que funciona de subida.

Salgo a la calle, no he sudado. Hay mucha gente por ahí. Grafitis urbanos y las señales de tránsito pelean. Los vendedores en puesticos cazando dinero, se mueven y aletean sus extremidades, suben y bajan los tonos de sus voces. Gorras de colores, todo tipo de pelos, de peinados, chaquetas, trajes, zapatos que están en venta y carteras andantes. Pisos sucios y mugre en las esquinas. Calles pintadas por tránsito.

Mi próximo transporte es un autobús. En un estado desgastado el autobús espera. Los asientos son de cuero, roto, de gamuza, sucia, o con un forro de tela, el cual, en su espaldar colocan imágenes referentes al buen uso del vehículo. Me subirá hasta la universidad en un solo recorrido. Está el autobús número noventa y tres esperando por sus pasajeros. Los asientos de adelante están ocupados y los de atrás no tardan en ser alcanzados. Por la cantidad de gente que resulta estar parada prefiero a que este arranque. No tarda en irse, y aun así cuando lo hace se montan los rezagados. Aborda la acera el autobús número trece.

Vacío y con el piloto en descanso en el autobús entra gente poco a poco. Suben ese gran escalón para entrar. Sentado en el puesto final al lado izquierdo tengo la ventana por donde la brisa refrigera el caliente techo. No se mueve todavía. Todo el rato desde que monte el Metro he tenido los audífonos en las orejas, por eso creo que me desconcertó tanto el vigilante.

He escuchado varias canciones en aleatorio. Las conversaciones que evado son espejismos. Veo que sube, cuando son pocos los puestos restantes, una amiga compañera del salón. La universidad queda en el punto más lejano en el recorrido del autobús. No me preocupa la velocidad puesto que en la ventana en la que estoy no pega el sol. Estoy en la fila izquierda pegado a la ventana con mi bulto en las piernas. El trayecto pasa por varios sitios repletos de actividad. Se proyecta el día.

Durante el recorrido se me ocurre retratar el momento. Sutilmente saco del bolsillo delantero del morral la cámara. Por su tamaño entra perfectamente en mi mano. La saco por la ventana y tomo la foto. Suena el pitido característico de la cámara. No importa cuándo compré la cámara, ni cuánto lleva conmigo. La cámara ha estado aquí desde hace rato.

El metal del autobús que en líneas se prolonga es de color blanco crema con algunas franjas de un tono más opaco, algunas, otras más, cromadas y relucientes. El autobús y su sombra callejera andan. Recuerdo el sueño, o eso creo. No logro entablar conversación con mi amiga

que está unos cuantos puestos más adelante. Me gusta la canción que suena.

Llego a la calle que se extiende hasta la entrada de la universidad. La camino con calma. Me consigo a varias personas en el trayecto. Hablo mientras camino con la amiga que estaba en el autobús apenas me quito los audífonos. Pasamos al frente del Anexo, un edificio con dos pisos de aulas, un sótano con biblioteca, un estudio de radio, un estudio de televisión y un auditorio secundario; y un piso con una editorial independiente que no es de la universidad.

Antes de eso, varios edificios de compañías. Desde afuera, el Anexo; su toldo verde y la rampa dan de frente al estacionamiento que está en otro nivel más arriba, y en el fondo, inmenso y vibrante: el Ávila. Con esta vista es imposible intentar caminar viendo el piso.

El Vagabundo que se creía bohemio

Escucha a una señora hablar al otro lado de la gruesa pared de cemento, en la acera donde justamente hay una parada de autobús. La señora tiene un tono de voz muy peculiar que lo hace entrar en trance. Como si fuera su propia voz escucha mentalmente las palabras que la señora escupía en una conversa con su comadre.

Ya el vagabundo se había levantado antes por el frío, pues vive, en su lado de la pared en un estacionamiento. Está meditabundo. Su casa es un cuadrado donde caben una cantidad de carros que no tiene techo pero sí un límite. El piso es corrugado. En su oído escondido entre telas por su chinchorro; ubicado entre dos paredes que hacen un ángulo de noventa grados perfecto la voz de la señora le hace parpadear epilépticamente.

El chinchorro está oculto entre dos carros que forman un cuarto aparte, los carros que lo acompañan son lujosos, son del dueño del estacionamiento, siempre están ahí como trofeos, que ocultan de la vista pública la vivienda del vagabundo. (El trato que tienen entre estos dos es netamente con fines lucrativos, el dueño del estacionamiento le paga para que cuide mejor que un perro). Sigue acostado mientras las viejas conversan sobre cuales productos le faltan a causa de la escasez. Suenan bolsas

de plástico que son agitadas, suenan las facturas. A él le faltaba la leche que ahora nunca sobra, las botellas de agua que tenía están viejas, pero no se consiguen nuevas ni en panaderías ni en otros lugares comunes. Piensa que lleva ya en verdad tres meses sin conseguir leche ni desodorante y entra en un vibra oscura a lo que la señora del tono de voz inminente vomita las palabras que pensó el vagabundo simultáneamente “¡Este país se fue a la mierda!” El sonido de un autobús destrozó el silencio que venía, pues la comadre asintió muda ante tal verdadera acusación. Llega el autobús a la parada, el vagabundo de pies descalzos se olvida de su situación. La pared deja a la imaginación del vagabundo como ellas se van y él se queda ahí.

Quiere comenzar con su día así, se estira alzando sus brazos como las ramas de un árbol, las estira como si quisiera desprender un rayo, más solo suenan sus codos corroídos. Cierra fuertemente los ojos hasta que decide buscar su vaso. Toma del café que no se tomó anoche, prende un cigarro que guardó encima de la rueda del carro a su izquierda. Se lo fuma mientras piensa cómo organizar su rincón. No se da cuenta pero, tan concentrado en mejorar su posada, tan revolcado por sus decisiones que yacen como objetos inmóviles a su alrededor; el sol cambia de posición, terminando ya con el día que recién acaba de comenzar. Él solo ayuda a organizar los carros, a que puedan salir, y entrar perfectamente, mientras que él no salió del estacionamiento ni un momento. Estaba de nuevo en su chinchorro.

Otro día con los mismos sonidos de carros, cornetas, motores que se enfurecen y alarmas autistas. Una abeja le cruza la vista y su oído le persigue hasta que logra detallar los colores de su visitante: amarillo y negro, sostenidos por alas que despliegan vientos diminutos a gran velocidad. El trabajador insecto en búsqueda de flores revisa el área furtivamente pues tiene que esquivar los incontrolables zapatazos, dispuestos a sentenciar el retorno al panal como un fracaso, de su tonto y energético enemigo que no parece entender, ni mucho menos buscar razones más que acabar la visita efímera de la abeja. El vagabundo lanza zapatazos contra la abeja. El zumbido es especialmente reconocido. No consigue néctar por ningún lado, solo se topa con pepas de aceitunas mordisqueadas y esparcidas por todo el suelo, como si fueran a germinar una mata; pepas de aceituna que solo ensucian el lugar y hacen perder el esfuerzo de la abeja. La abeja y sus potentes alas dirigen su pico. Cansado, el vagabundo se sienta en el piso, pues sus brazos no soportan agitar más el zapato y tiene que ponérselo de nuevo. La abeja ya entonces tranquila huye sin escuchar los lamentos que balbucea el loco mientras se amarra las trenzas de nuevo. Senda arrechera se fija en sus ojos cuando se para y ve que había un charco de aceite en donde se sentó; y parte de ese charco está ahora en sus interiores.

Una semana transcurre rápidamente, igual que muchos autobuses recolectan tantas personas como pueden. No sucede mucho en el estacionamiento, los carros

lujosos siguen formando su habitación. El chinchorro sigue erguido entre las dos paredes. La estación de autobús sigue en su sitio. El país sigue estando igual de jodido. Muchos carros entran al estacionamiento, como pocos se quedan a dormir ahí junto al vagabundo que empieza a nombrar a los vehículos que sí lo acompañan, y, los que a veces le roban el sueño gracias a su gran valor en el mercado automotriz. El frío acompaña a todos en el estacionamiento, y si no, es el calor, de igual manera el vagabundo balancea su cuerpo estático en el columpiante chinchorro que ya huele a tubo de escape.

Amanece completamente soleado, la respiración del vagabundo está acelerada, frenéticamente inhala y exhala mientras sale de un sueño como el aire de su boca. Se percata que es a causa de su propio olor mugriento. Su olor, el opresor de su descansar, pues sigue sin conseguir desodorante. Su ropa está de un color grisáceo y ni puede ser lavada una vez más por que terminaría de deshilacharse por completo. Para ser un indigente, a medias le preocupa mucho su olor. Antes compraba potes y potes de desodorante con el poco dinero que gana en su trabajo en vez de ahorrarlo para salir del hueco, él sabía que ahorrando no iba a llegar muy lejos y prefería estar cómodo mientras podía. Disgustado por el aroma se para y decide que lavará sin importar lo que suceda con su ropa.

Busca el tobo morado, se quita su camisa, después su pantalón, en calzoncillos busca jabón azul, y tiene que abrir uno nuevo, un último jabón. Lava cuidadosamente,

como si sus dedos fueses hisopos, roza con espumas las prendas que, mientras él las ve, van separándose hilo por hilo con la vista para después ser sumergidas. Ve toda esa mugre sumergirse en el agua. Deja secar su ropa tendida en unos cables que incorporó donde estaba amarrado el chinchorro mientras los pelos de su pecho cuelgan al aire. Busca botar el agua sucia del tobo en la calle, está a punto de salir de su guarida cuando en interiores ve a unos panas que venían de comer en el restaurante de al lado. Regresa apurado, intenta no correr para no derramar el agua sucia en su aposento, pero de la rigidez con la que efectúa el movimiento se le escapa un peo. Lo que pensó que sería un simple gas vino acompañado con mierda. Tras ese suceso, espera que se sequen los calzoncillos mientras usa solamente su camisa y su pantalón, bota el agua sucia en la calle y se acuesta en el chinchorro. Se queda dormido, sin ponerse los interiores, levitando en la fe de su hamaca.

Es sábado, temprano en la mañana a golpe de las cinco abren las puertas del estacionamiento para que entren vendedores. No las abre el vagabundo que ya debería estar despierto. Ropa de segunda mano, juguetes, ollas usadas entre más objetos que pueden ser comercializados por ciudadanos ambulantes. De todo se vende, sin olvidar el gran tráfico de películas donde cada una cuesta treinta y cinco bolívares. Arma cada quien su puesto de venta, unos con mesas, otros en el piso, y los demás cargan con sus propias manos la mercancía. Lo seguro

es que todos planean atraer compradores. El vagabundo, gracias a que no pudo comprar los productos que necesita, tiene trescientos sesenta bolívares dispuestos para entregarlos a cambio de una nueva franela. Su mirada se fija apenas sale de su guarida en un puesto que vende ropa vieja de los setentas, una suerte de puesto vintage. Además de los discos de vinilo, que llaman su atención pues le recuerdan a su papá. Consigue un suéter manga larga con un ojo en el centro del pecho.

El ojo parece ser de una mujer, puesto que las pestañas eran largas y la mirada es tan solitaria que penetra las pupilas; el suéter es para hombre según le afirma el vendedor. Pregunta por el precio, ¡Cuatrocientos veinticinco! Le faltaba dinero y no tenía las bolas para pedirle dinero adelantado al dueño del estacionamiento ya que este le había regalado dos franelas anteriormente. Concluye con el vendedor que le dará el dinero que tiene más su último frasco de aceitunas. El trato se efectúa gracias a que la aceitunas están caras y el pote de vidrio según el dueño del puestico se podía convertir en una lámpara de lava casera. Se dan la mano y el vagabundo no espera ni un minuto cuando se cambia de atuendo, pasando a usar su compra aunque eran las nueve de la mañana y hacía calor.

Animado va hablando con cada vendedor durante el resto del día, escucha palabras que responde con mucha fluidez, mira todos los objetos que se venden como si supiera la vida que acumulan, y todas las películas no importaban más que la suya propia. El vagabundo no

puede adivinar el precio de ninguno de esos objetos. Recorre hasta que llega de vuelta a su guarida, pero antes de entrar ve un último puesto que vende ropa de cuero, se acerca y conversa con el dueño, un tipo canoso con barba que le llamaban El Lagarto, y que, supuestamente, cazaba cocodrilos para vender la piel, aunque llevaba varios años sin poder cazar por su situación económica. No dura mucho su atención, que se difumina en una especie de lástima, el vagabundo cree que este señor debería estar viviendo en la Gran Sabana, y no aquí, en la ciudad; donde no se aprecia su trabajo.

Echado ya en su chinchorro, después de que el estacionamiento se vació y los carros vuelven a ser los únicos habitantes, el vagabundo se toma su café, esta vez con leche que le regalo un adefesio comprometido con el dueño del estacionamiento. Se va quedando dormido, a lo que una moto pasa por la calle disparando tiros a matar contra el carro verde: rápido no iba, pero sus luces traseras nunca fueron vistas. Las orejas del vagabundo percibieron rápidamente el bajón de volumen hasta dormir el cerebro.

Dentro del sueño, pero en el mismo lugar que en la realidad, el vagabundo yacía dormido boca arriba. Lo que parecía ser su chinchorro era ahora, en su sueño, un capullo de tela con huecos tanto como un panal con miel en el cual la claustrofobia le martilla la mente. El vagabundo está de repente atrapado, sumergido viscosamente en el interior de una armazón irrompible que apresa

su respiración y el sonido de millones de abejas ansiosas por entrar y proteger su miel. Sabía que moriría, que la fantasía, un verdadero infarto transformaría el panal en un fúnebre ataúd y que las abejas serían las ratas hambrientas por comerse sus huesos. Lo único inalcanzable para la destrucción total, fija su voluntad en mover sus huesos y logra despertar.

Parpadean sus ojos, no examina con las manos, más sabe que puede abrir el chinchorro. Cae al piso, se pega en la cara fuertemente rompiéndose la nariz contra el asfalto lleno de aceite. Se mancha el suéter y los dientes al gritar de dolor, su lengua reside intacta aunque maldice a todo volumen. Hace un esfuerzo y logra parase apoyando las dos manos al piso. Está mareado, quema todavía la miel en su cabeza.

Busca sus zapatos, se los pone cuidadoso de no mancharse de nuevo con el aceite. Recoge su chinchorro doblándolo perfectamente para que quepa en una bolsa negra de basura de gran tamaño, y la coloca dentro de su bulto. Ya una vez adentro revisa que no se dañe ninguna de las esencialidades, la calculadora, su yesquero, las botellas de agua que le quedan. Cierra ya todas sus pertenencias. Escupe su antiguo cuarto seguro de no volver jamás, se da la vuelta y cruza la pared del estacionamiento hasta el otro lado, hasta la acera. Sin despedirse, ni renunciar, camina hasta la parada del autobús.

Esperando a que llegue el transporte público consigue un periódico de ayer, busca entre la sección de tra-

bajos, ya sabe entre los disponibles cual no escoger. Llega el autobús, levanta su mano, mira la cara del conductor para asegurar que será el próximo en subir. Está solo en la parada. Frena en frente suyo, sube despabilado, y da los buenos días. No regresaría más a ese sitio.

III

Al mismo tiempo nos rigen las acciones, solo lo que uno hace está suscrito a la voluntad, esa voluntad que es una en sí, pero que a su vez es la de todos o todas. Voluntad encaminada y de vertientes.

Llego a la puerta de la Sede donde la rampa es para carros. Los colores blanco y verde son propios de la universidad. La subo y el bulto me pesa. Me pesa tanto que es asombroso. El color negro de los pantalones ha suscitado cierto calor en mí. Saludo a medias a quienes se aproximan. Tengo las trenzas amarradas. El camino que recorro todos los días para llegar al salón es pasar por La Crocante, luego a travesar el pasillo de Radio y llegar hasta el edificio principal de la sede. El edificio principal es una casa de gran tamaño. Mientras camino pienso en mi caja de cigarros, los cuales, satisfactoriamente agarré al salir de mi casa. Me dan ganas de sacar el primero, estoy ya cerca del edificio, así que abro la caja y saco el más conveniente. Tengo en la otra mano el yesquero. No he fumado aquí desde ayer. Pareciera de mañana, y lo es. Es jueves.

No lo prendo hasta llegar a un espacio abierto, con mesas hechas manualmente y sillas de metal doblado, que está cerca del edificio principal y que es custodiado por un gran árbol. Sus hojas caen a medida que el suelo es cubierto por cenizas y zapatos diariamente. Alrededor de

la casa por más verde que haya sabemos que sus instalaciones son académicas. La pintura de los edificios es aburrida. Es este tipo de ambiente donde los oídos escuchan de más y donde las bocas piensan antes de hablar antes de tener conversación alguna. Sin intención se completa lo que no se esperaba, pero que se sabía cuándo se aproximó a hablar. No son prejuicios, sino conductas.

También cerca, hay en un rincón, banquitos de madera que forman un circuito cerrado: son tres banquitos, y están colocados, de manera que dos se vean y el otro mira hacia la librería. La Pecera. Referida así, de manera que los estudiantes reconozcan los libros que acechan con sus aburridos títulos, libros de economía, de derecho, otros, algunos sí son entretenidos como los de cine, aunque son de cosas técnicas. Es una librería de la universidad. Sus paredes de vidrio le dibujan gran paisaje que observa desde su escritorio al gran mestizaje de acciones que desfilan a lo largo de la jornada.

Todo este conjunto es mi día a día en la universidad, ya las clases en el Anexo son muy pocas; bajo para ese lejano edificio solo para el estudio de televisión con su croma verde.

Cada vez que se entra en el estudio hay que quitarse los zapatos. Órdenes de los profesores. En el edificio del anexo veo una que otra clase de publicidad, aunque tenga que pasar por ahí todas las mañanas. A veces bajo a la biblioteca, a veces a encontrarme con algún pana en alguna misión oculta o solo para alquilar algún libro,

por solo tres días hasta que renueve la petición. En fin, el Anexo es un sitio donde me la pasaba pero que ahora trae cierta melancolía, un sitio que pasó de tener grama artificial, llena de cenizas y horribles derrames de líquidos, a tener piso de cerámica y una fama eternamente perdida.

En este espacio bajo el árbol se encuentran mis amigos. La brisa es amplia. Saludo cargado de desespero por contar lo que ocurrió esta mañana. La política nunca falla, siempre es aceptada. Ya lo sabían, no esperaba que no, solo esperaba que las mil y un conjeturas acerca de la posible razón nos distrajera. En verdad menos mal que no. X me pide un cigarro, se lo doy, ya en el descanso de las sillas de metal tenemos el gran cenicero: el piso. Desplegar acciones tan cotidianas que a la vez son la cuna de la civilización es la parte donde la razón se pierde, pues el tiempo no castiga, ni tampoco los ojos, son los simples procesos que terminan siendo vistos por otros ojos, los que requieren de mucho corazón, ese es el ático de la civilización. La primera clase que no hubo nos dio un respiro. Ya instalados en el sitio, el salón se encontraba disperso, esperando cada quien por hablarle a cada cual. Guardo mi yesquero en el bolsillo.

A la clase le falta por comenzar. Todos lo sabemos. Se ve mayor cantidad de gente cuando es una hora irregular sobre el planificado horario. Los salones se extienden a lo largo del edificio principal, cada aula con mesas de madera, pizarra acrílica, aire acondicionado y cuatro

paredes. Cada aula una al lado de la otra. Como comunicadores estamos al tanto de qué sale en la televisión, en las redes, en el periódico, sobre todo en el cine, que es la mayor industria en estos tiempos. Todo se complementa y crea un cierto tipo de agenda. Aquí se consumen filmes por montones, aquí, en el país. Las distintas plataformas y sus maneras de entablarlas y suscribirse. Comprar una película pirata es no denigrar el Internet y, tener Netflix es atribuirle al Internet una posibilidad de entretenimiento. Las noticias también se leen mediante la tecnología.

Saber digerir de manera que aprehendas los cambios sucedidos de una película, a la manera que directores o guionistas como Fellini hace que se sienta, con piel o sin piel. Al igual que un estudiante más que tuvo una mejor idea, y que sus métodos de explicarla sucumbieron ante los instrumentos necesarios, solo es la arrogancia de querer ser reconocido. Prepotente es este tema cuando se habla con cualquier persona que sepa de cine, siempre hay una mejor película. Los temas en las pelis son tan hilados entre sí que los géneros son quienes las separan. Lo que es raro es que a uno le pase de estar en una película. No se supiera entender y ni se pudiera comunicar, solo el reflejo de las conversaciones dejan límites estéticos. El cigarro lo fumo. X también, haciendo tiempo, conversando cualquier cosa.

Solo se debería poder entablar dicha conversación, una filmica, si alguien participó o formó parte de algún proyecto o si estamos de humor para atraernos del

entorno e imaginar, todos, situaciones en las que ocurren cosas inesperadas como también figuradas. La guerrilla del posicionamiento cultural. G me habla de su tío, trabaja como productor en Italia. Yo admiro la utilería de las películas, dan contexto. Llegar a ser productor significa establecer una red de personal y de futuras interpretaciones, que de manera sola no se logra, sino que está arraigada al director y al guionista al mismo tiempo. En varios casos es distinto cómo comienza a ser elaborada una película. Todos lo saben y a la vez no es suficiente saberlo.

No estamos de un humor tan serio. Creo que el tío de G es más bien un productor de películas porno, seguramente está casado con una veinteañera y viaja para este país cuando ya está saturado de tanto vino y prefiere sentir el tropical sabor del ron. Seguro no habla correctamente el español y cuando lo hace es autorreconocido. Lo discutimos como una posibilidad. X no para de sentir que era tan cierto, lo expresa con su cara, o más bien siente que G tenía todo inventado desde el comienzo. Lo cierto es que nosotros no tocaremos una cámara profesional por algún tiempo en otro sitio que no sea el estudio de televisión. El cigarro se acabó y el humo se posó en las hojas del árbol. Algunos rayos traspasan. Seguimos en las sillas metálicas. Las plataformas virtuales nos llaman como mar de oportunidades.

La clase no comienza. K es el actual delegado del salón. Una responsabilidad muy odiada y demasiado comprometida para mis gustos. Los exámenes, y prácti-

camente cualquier circunstancia que implique un mínimo desnivel o cambio en alguna clase, son de su incumbencia. Tiene el número de todos los profesores y habla con ellos si es necesario. Se eligió en una votación hace tiempo. Además de las innumerables preguntas que surgen en la cabeza de los estudiantes acerca de asignaciones o posible cambios de fecha. No es una autoridad entre nosotros, pero se hace lo que dicta porque es la unión de dos partes importantes: los profesores y la voluntad estudiantil. Está sujeto a la situación del país. Su hermano vive en Miami, se acaba de ir esta semana a vivir para allá. Su expresión facial me recuerda a algo. A K lo conozco de años anteriores, jugábamos Truco, y nos tocó estar, en un salón juntos; viendo clases.

Todos nos imaginamos que en un futuro él también se irá, le digo la broma y su cara no lo duda, pero él quiere quedar bien así que no lo niega. Temas reales, que pesan mucho, y que la juventud los trata de manera adulta no asegura que cuando se lleven a la práctica atraigan éxito o que, en el aeropuerto no lloren por irse. Aquí el hermano era actor, logró realizar varios comerciales y algunos episodios de novelas. Nos comenta acerca de bajarlo a la Guaira a despedirlo en Maiquetía, el clásico recorrido ida y vuelta que solo hace que el carro vaya más liviano, que otras veces, cuando no, el carro está lleno y abarrotado. Este camino hacia el aeropuerto ha proporcionado canciones y documentales. Tanta gente se ha ido que nos interesa cada vez menos quien será el primero en

regresar o quien fue el primero en irse. No es tabú, pero lo será si todos nos quedáramos.

La gente pasa cerca de nosotros. Llegan carros como nuevos temas de conversación. El edificio principal tiene su estacionamiento. La ropa es memoria. Algunos van hacia el salón, ya se acerca la hora de entrar. Que le guarden el puesto, pide X a una amiga que acaba de pasar. Las miradas buscan en los ojos que se muevan las bocas. Las manos buscan en la distancia que los cuerpos se muevan. K avanza también hacia el salón. El cigarro nos invita a cambiar de ambiente. Las sillas nos sostienen mientras las piernas descansan. Fruto del cemento que de sólido puesto converge en varias posturas. Sigue la mañana y ya tenemos encima al país.

H es una amiga que estuvo en la conversación desde que llegué. Ahora hablo con ella pasiblemente entrando en materia de ser alguien organizado. Para lo que queda de semana las actividades son pocas, no le comento lo que pienso hacer este fin, por la hora, por el día, porque no sería apropiado para este momento; pero por lo poco sé que se llevará a cabo. Sus lentes son los vidrios de la razón. Le hacen escrutinio a quien mira a través de ellos. G y X hablaban de sus pensamientos. Interés y visión son distintos métodos de comunicación. Logro siempre con ella entablar una meta. H estudia conmigo desde el comienzo de la carrera.

Apenas comienzo a dirigirme al aula, frente a mí pasa un profesor que me dio clases el año pasado, su

materia no era difícil, casi que raspo su asignatura. Le he mandado algunos de mis poemarios al correo. Antes fue estudiante y ahora da clases aquí, donde se graduó. El cariño es de compañero de varios años aunque sea mayor que casi todos nosotros. Es increíble como el arte por personal que sea es de índole multitudinaria y accesible. Sus franelas también son de bandas. Su favorita es de los Rolling Stones, la infame lengua y labios rojos, tan rojos que solo la tela o el papel pueden con ese tono. Esta vez no la tenía puesta. Se ha concentrado últimamente en obras teatrales, la última a la que me invitó fui con mi papá aunque se habían vendido todas las entradas; a lo que me comentó que soy un gafo por no habérselas pedido y que él me las reservaba. Ya no me da clases pero está por ahí siempre para hablar, creo que este año dirige una materia electiva.

Me comentó sobre Frida Kahlo, de quien no me olvido. A su lado va una señorita que me es conocida. Es la Señora Beat. Van los dos hablando. Ella me saluda y me pregunta que si yo estuve esa vez. El recuerdo me llega, unas mesas blancas llenas de libros de distintos tamaños y colores, es vivaz en este momento. Lomos gruesos y chicos. Ventanales que dan hacia la Plaza Altamira donde el obelisco se prende a veces sí y a veces no. Poesía narrada o simple poesía, esa es su empresa. La Señora Beat es joven aunque conlleva en los ojos letras que han escrito manos de todos los tiempos y en el corazón guarda la montaña que avecina su fatua y explotada belleza

que se reafirma en sí misma por ser una joya de mujer. Ella no había aparecido, solo esa vez de la que hablaba.

Hace varios meses la Señora Beat, que es una trabajadora de la embajada estadounidense, leyó en perfecto inglés algunos de los poemas de mayor calibre de Allen Ginsberg, entre otros poetas Beat, en conmemoración a los setenta y cinco años del CVA, en una librería. Mi llegada a la lectura de los poetas Beat es algo muy largo de tratar, toma tiempo de una materia del año pasado y una amistad de comienzos de la universidad. Ahora lo veo, el profesor también estuvo ahí, también leyó, pero en español. Yo había llevado junto a unos amigos un termo lleno de ron, todos bebimos puro y el hielo sirvió de amortiguador. Duró hasta la mitad de la lectura, después el trance fue sin igual. Los poemas y sus palabras de aliento pasado empañaban la librería. Nosotros atontados por el trago y repletos de humo desentonábamos en el evento, aunque era de nosotros de los que hablaban los poemas, o eso creíamos, solo que no nos importa, o nos importaba; o ahora no nos importa, pero lo seguro es que fuimos y que ella estaba ahí al igual que el profesor.

No le respondo todavía y ya hemos caminado varios pasos, el profesor me mira con cara extraña mientras abre su boca para hacer algún comentario. Estábamos a punto de llegar a la Pecera. Atónito de interés le comento que sí y le pregunto que si viene a concretar el trabajo que le estaban ofreciendo en aquella oportunidad aquí en la universidad, a lo que me responde que no, que solo viene

a acompañar a R, el profesor y que en verdad le queda un poco lejos este sitio y tiene nuevos proyectos, que si siguen por buen camino logrará asegurarlos también en otros lados. El piso por donde se llega adentro del edificio está mojado, recién habían comenzado a limpiarlo. Los tacones sonaban y sonaban profundo. Se apoya de la baranda.

Yo giro hacia la izquierda y ella sube unas escaleras. Parpadeo repetidas veces. Pienso que una semana más tarde fui a la segunda lectura de poemas con mi hermana, ella venía de hacer yoga en la Estancia y sabía muy poco de los poetas Beat. Esa vez tocaron el saxofón mientras leían, en un intercambio de sonidos y formas sonoras se juntaron ojos con orejas.

Estaría ahí la Señora Beat también, no recuerdo. El profesor a lo mejor, creo que tampoco. Actuaciones en vivo que marcan. Casi ni puedo seguir caminando y me parece que el salón está más lejos y que mis amigos me han dejado atrás o que yo los he ahuyentado de aburrimiento. El pasillo es largo. Las luces están siempre prendidas.

La atención y su perenne estado, disuelven lo anterior como también es fugaz en el gran campo en el que fluye. El olvido constituye parte de la ceguera que evoca el saber teórico cuándo sus repercusiones colisionan con lo real.

Llego al salón y los puestos de adelante están todos ocupados, aunque solamente esos. El pizarrón contiene los escritos de una clase anterior, seguramente de otra

materia. La profesora no ha llegado, su escritorio vacío y a la espera. Dejo mi morral en los puestos de atrás, en los últimos no; porque es la zona del aire acondicionado. Él controla quienes se sientan en sus puestos circundantes. Reviso si la silla está en buen estado. La pizarra se ve normal, no tengo que forzar la vista. Estoy por sentarme cuando noto que a la botella le queda poca agua. Casi no he percatado que me habían comentado algo. Sigo sumergido en mis pensamientos. En verdad nadie había dicho nada. No me siento y me dispongo a salir del salón y su ruido antes de la tormenta. Impulsado con la botella en la mano salgo por la puerta abierta. Afuera hay silencio y calma, algo beneficioso.

Camino hasta el dispensador de agua, subo y bajo escaleras, subo y bajo la mirada. Ahí está un cajero automático que rara vez tiene dinero, estoy convencido de que en un futuro desaparecerá, también hay un baño de hombres, con una puerta muy rígida, y contrario a este unas salas de computación a las que llaman laboratorios, tienen computadoras de todos los años y marcas posibles. La situación con el efectivo en el país es grave, o se mueve mucho, o el poco que queda es causante de desconfianza. Piso tan fuerte como agarro la botella en la mano.

En el camino paso por el auditorio de la universidad. El paisaje que asoma es de ensueño; adentro se preparan actores. Las luces están montadas. El vestuario de la obra es de una época pasada, ellas con faldas largas, el peinado clásico, maquillaje que resalta boca y ojos; caba-

lleros y rufianes de pantalones pegados como chaquetas que dejan ver las camisas más ornamentadas. Hoy se presenta una obra en la que una amiga del salón forma parte, ella es la protagonista. Tiene el pelo castaño y grandes ojos, tiene las manos más delicadas y la voz más firme en el salón. El profesor R da varias señas y revisa cosas de manera que pareciera que no estuvieran bien colocadas. Sus manos en la chaqueta. No miro mucho para no llamar la atención. La obra no ha comenzado. Cerca del auditorio hay un piano.

Lleno la botella, la cierro con la tapa. El agua fría, a la botella no tarda en aparecerle pequeñas gotas deslizantes. Me siento con ganas de estar atento, ver clases, y perderme. Ver la pizarra y llegar a las palabras. Alcanzando el salón un grupo de amigos hablan al frente de la puerta en una mesa redonda de madera. Todavía la profesora no llega. Con la botella y varias gotas en la mano sigo caminando como iba para volver a salir.

En el trayecto me topo con C, y ella está con una amiga. Le digo que me acompañe a afuera así esperamos a que llegue. Ellas van para el salón, menos mal que ya no. Conozco a su amiga, también se nos une. Las dos tan juntas casi inseparables. Ese tipo de amistad que uno espera que termine en catástrofe les ha resultado. C no es la más bonita entre ellas. Un pana en un viaje a la playa se había coronado a la otra, a la que más belleza transmite, pero eso pasó hace tiempo. Le lanzo puntas, preguntas indirectas, los tres estamos circulando. Mi pana utilizó la

clásica de agarrarle la mano, y de esa manera logró más, aquella vez.

Estoy al frente de los banquitos de madera, a lado de la Pecera. Prendo el cigarro, me es difícil por la botella. Les ofrezco uno a ellas, se arreglan en que se fuman uno entre las dos, porque es muy temprano, porque saldrán en la noche, porque no les gusta el Belmont, entre mil y un datos más. Las mesas y sillas circundantes están llenas. Les doy el yesquero y les pregunto que a donde irán en la noche. Boto humo casi que en sus caras. Su plan no suena tan mal. La gente que pasa al lado nuestro tenía cara desconcertada que denota lo banal del plan o la temprana hora que es, a pesar de que es jueves y lo fuerte que suenan varias palabras juntas. Es jueves, acaso la gente no sale este día. Mañana hay clases, no para la amiga de C que ya está un año más adelantada que nosotros. C se ha atrasado por irse a vivir a algún país de Europa de donde es su familia originalmente, pero que no le sirvió de mucho y se regresó. Se pasan el cigarro, de mano a mano.

Me preguntan sobre un amigo mío, L, a quien tengo ya meses sin ver. Obviamente la pregunta no es al azar, y ambas me miran. Una historia acerca de un viaje en moto de L me estaba esperando a la vuelta de la esquina. Resulta ser que habían salido del local al que irían hoy —de ahí viene la pregunta— a tempranas horas de la madrugada para ir al Hatillo, a casa de L. Es toda una aventura por sus caras. Se turnan la historia.

Yo me he montado en su moto en varias ocasio-

nes, no es un mal conductor aunque las motos en Caracas tienen leyes de gravedad propias; hasta que no las tienen más. He estado mientras conduce varias veces en viajes cortos, creo que fue a él quien se lo llevo un autobús, no le pasó mucho gracias a que fue dando un giro en una intersección a poca velocidad. No puedo contarles ese cuento a ellas, o sí, ya lo saben. Disfruto de mi cigarro y ni pendiente si ya habrá llegado la profesora. La moto era negra, el casco también. Su chaqueta a veces y otras, las llaves colgando en el cuello.

Por más que trataran de convencerme no iría en la noche a ese local. Y por más que rebatieran mis supuestas razones no lograrían que admitiera que ir no es un mal plan. Todo depende del nivel de selectividad. Todo depende del dinero que se tenga. Todo depende de las ganas que haya y punto. Entre ellas ya están hablando de algo que yo no tenía ni idea, había perdido el rastro de la conversación. La última vez que fui a ese local fue un desastre, espero que mi sonrisa quede acorde con lo que hablan. Miro alrededor a ver quién pasa.

Caigo en cuenta cuando mencionaron mi casa. Sí recuerdo que había birras y el colchón de mi balcón que tiene un tapizado de arco iris. Franja tras franja los siete colores del arco iris. Ese colchón, sino tiene historias con finales épicos, ha pasado por bastante. Todos estábamos en mi cuarto en aquella vez, habíamos salido de la universidad y fuimos por unas birras en El León, a lo que terminamos tomando más y fumando. Yo creo, pero no

me consta que la amiga de C quería conmigo, C se había embriagado. Yo me desentiendo muy torpemente en algunas partes de su historia. El profesor R pasa justo al frente y me mira con un tono hábil. Es jueves y es temprano. Propuse regresar al salón. Mi oído recalcula y se nivela acorde el momento.

Seguimos hablando por el pasillo, las palabras son más tranquilas. Las pasantías son el motivo por el cual llegar a cuarto año es tan satisfactorio. Nadie está en la mesa de madera. La profesora ya ha borrado todo el contenido de la pizarra y habla al salón entero; marcador en la mano. Me siento, apresurado por no interrumpir en la silla; ya he interrumpido. Saco de mi morral el cuaderno. No asistió gran parte del salón, muchos no vinieron aunque se había cancelado la convocatoria civil de la mañana. Mi teléfono tiene varios mensajes sin leer. Los profesores al tanto de la situación aminoran la cantidad de materia y se ocupan en contestar preguntas, al igual que dudas, entre los que sí asistimos. Estoy sentado al lado de X y al lado de este se encuentra G. H anota en su cuaderno yo no sé qué del otro lado del salón, atrás de ella unos puestos. K hablaba en voz baja con un grupo de amigos. La botella de agua seguía teniendo el agua fría. Los lentes de H son parecidos a los de la profesora. El aire acondicionado seguía titubeando en el techo.

La clase trata sobre los positivistas y los constructivistas. La definición de cada premisa me inspeccionaba como un juicio. Estudié ciencias, ahora una carrera huma-

nista. Mentalmente repaso mis conjeturas y mis acciones. Escucho lo que quería escuchar; o la concentración completa con sonidos de lo que yo mismo trato de decir. Cada quien internalizar lo que quiere. El hilo epistemológico entra por una oreja y juega en el laberinto con recorrido oscuro hasta alcanzar el otro lado mientras borra mi visión. Seguro los temas que da hoy van para el parcial.

Solo me limito a responder fisiológicamente las miradas de quienes me miran o quienes se pierden en mis ojos que sin parpadear contemplan el pizarrón y cómo la tinta del marcador era su incorruptible verdad. Estoy en trance, a pesar de que no sea estudioso, el método de afrontar un hecho, es siempre una de las grandes cuestiones filosóficas que se interponen en un vaivén circular entre la filosofía y las ciencias. Tomo un sorbo de mi agua. No tengo dudas pero no me ha quedado la información clara. Tranquilo copio lo que en la pizarra dice la información clave para cada una de las posturas que exhibe:

Los positivistas son personas académicas y su método de realizar un estudio se basa en lo lineal. Tienen un marco conceptual donde las definiciones no aceptan su objeto formal sino solo su concepto. Para ellos los hechos no están sujetos a la voluntad, o a una voluntad en particular, sino que funcionan según sus propias reglas. Aparece a partir de un orden de pensamiento inductivo, y el racionalismo los separa de la sociedad, como el cambio resulta solo y eficaz cuando ya se ha establecido un deter-

minado fin. De ahí a que sus sucesores deduzcan que el mundo existe independientemente de nuestro conocimiento.

En cambio los interpretativitas utilizan como método la comprensión. Gran manejo de varias de las funciones y de los campos de entendimiento convergen al querer abarcar una situación o un fenómeno. Se explica una naturaleza y se entiende lo psíquico como resultado de una causa y un efecto, además de haber un agente externo con circunstancias diversas. Son personas que tienen la capacidad de distinguir entre conocer y valorar. El número y tipo de causas es siempre infinito y las conexiones entre las diferentes causas es determinante.

Termino de escribir y suelto el bolígrafo, he copiado la información punto por punto. Este se corre a través de la inclinación de la hoja, mi mano se desliza igual, o más rápido. La clase es de una hora nada más, se comparten el bloque. Hay que entregar los resúmenes de las guías que mandó a leer. Llevamos para la fecha varios resúmenes hechos y faltan muchísimos más.

La profesora se sienta en el escritorio y saca su computadora donde anota en una hoja Excel quienes entregan el resumen. Se forma una fila y soy el último de la fila. Un grupo de chistes se propagan acerca de quién es positivista y de quién no. Metabolismo de masas es un metabolismo fallido si son acciones vacías las que aferran a jurados como mentores, y donde el grado de éxito o

fracaso es el nivel de risa o la aparición de otro tema relacionado a la nueva intervención. Igual me río de lo que cuentan. La clase ya había acabado. Sociología un jueves. No es fácil terminar la semana. Guardo mi cuaderno en el bulto y salgo del salón. La botella en el lado lateral. Mi mano en el bolsillo.

Si la cotidianidad fuese una clave en algún sistema de tipo tecnológico se tuviese que renovar cada semana, y sobre todo, hubiera que tener registro de cuales claves ya se usaron.

La siguiente clase es en el salón de al lado. Tres pasos y llego a la aula más próxima. Afuera esperan los que continuarían utilizando las cuatro paredes que acabo de apartar pisada tras pisada. El aire acondicionado es lo último que veo de ese salón. Sus alrededores posteriores a los primeros, quienes solo ven de frente, contienen tanto la mirada perdida del dormido como el grito de auxilio del que quiere salir. Solo el que está parado de espaldas a la pizarra lo enfrenta y sabe que no escucha ni capta indirectas, se remite a simplemente enfriar, pues, es un aire acondicionado.

Salón tras salón se repite la misma estética. Los mismos puestos son ocupados. Hay la misma cantidad de mesas y de sillas. La pared que divide a estos conexos salones es tan fina que cuando alguien se apoya fuertemente del otro lado se resiente el que está de este lado, creando así una infinidad de toqueteos infantiles que ni tienen comienzo ni tienen fin en la historia de la pared. Pintada de

blanco, es el respaldar práctico a la hora de cambiar de postura, cambia también la dirección de la persona y seguramente la cabeza recae en búsqueda de soporte. Esos puestos son los más alejados del pasillo y encierran físicamente a quienes se sientan allí. En sumatoria, mientras más hacia la pared y más hacia el aire acondicionado, la atmósfera es más y se vuelve más desérticamente espacial. El salón no siempre se llena por completo.

Dejo mis cosas en el puesto más cercano al pasillo en la mitad de las filas de mesas. Hay quiz, un examen de bajo porcentaje. La materia: Instituciones Jurídico Político. Materia que se divide en dos, Jurídico, donde las leyes es el tema predominante y obviamente los órganos encargados en cada sector, y, Político, donde la lógica se combina con la ética para desafiar según los casos más condicionantes la moral más gruesa, la de jóvenes universitarios. En la semana solo vemos tres horas de esta materia, es la primera los martes y la tercera hoy. El tema que es pertinente para poder pasar el quiz es saber cuándo se logra validar una ley y mediante cuál proceso. Hay varios tipos de validaciones puesto que las leyes son para todos por igual. Mientras me alejo de mis cosas, sonidos de mesas arrastradas crujen. Hay que separarlas. Salgo del salón, seguro cuando llego de regreso ya están ordenadas y separadas. Esta vez, al final del pasillo, en vez de ir hacia donde estuve más temprano; termino subiendo las escaleras a otro espacio abierto. Este está detrás de la Pecera, también tiene banquitos y su propio surtidor

PM-2000 de agua con ambas aguas, la caliente y la fría, encima de él una cartelera con información, y, en la pared paralela, la administración de la universidad.

Yo estoy entre la cartelera y la administración. Parado me parece de mucho agrado, prendo mi último cigarro, el último de una caja que me ha durado. El primer jalón libera mucha de la tensión acumulada. Estoy solo, pero tengo mucha gente alrededor. En esta área hay varias palmeras que dan hacia la parte posterior del edificio principal. Hay una cafetería mínima del lado derecho, alejada no por mucho de donde estoy, la especialidad son los perros calientes y el Nestea, también venden empanadas, golosinas y varias bebidas; se encuentra tras una serie de arbustos, y tras de estos últimos, las respectivas mesas y sillas, un microondas y grama, al igual que piso de piedras.

Del lado izquierdo las palmeras que entre ellas delimitan el lugar de dos grandes mesas cuadradas. Este extremo es el escondite de un cajero, el único que sí funciona. La vista me desvía por el resto de toda la universidad. Boto el humo. Bocanada tras bocanada. Al final de este recorrido están las escaleras que suben al cafetín de arriba, “Date Aquí”, de ahí se pueden pasar a zonas más oscuras, zonas donde se han visto todo tipo de clases o encuentros, con profesores, alumnos, personas ajenas a la universidad, y hasta artistas.

Parado ahí ante el despliegue del movimiento de varias personas a las que, o les molesta el humo del cigarro, o necesitan un yesquero, o tienen varias cosas en

las manos, libros, cuadernos, bultos, simples botellas de agua, entre muchas otras; una amiga se me acerca. Su tez es muy pálida si bien su actitud es de la más pura sobriedad. Sus ojos se abren al entender y un color verde es cómplice. No tiene morral por lo que deduzco que salió de clases un rato. Su cabello es marrón y la franela que lleva puesta es blanca. Su voz me saluda.

Trato de no estorbar con el humo. Está ahora con la parte de mi salón anterior que no está conmigo este año. Bajamos a los banquitos que están al frente de la Pecera. La tranquilidad de volver a sentarme. Ella me cuenta que acaba de salir de un quiz. Es el mismo que presentaré dentro de unos minutos. Con calma me explica cada una de las preguntas que le hicieron, cómo las contestó y básicamente no me queda nada más que deducir cuál fue su tren de pensamiento. Sé la teoría y su capacidad de relacionar algunos de los términos con los datos que suscita la pregunta, me sorprende al igual que me deja ansioso. Sus manos se mueven por el aire, sus uñas pintadas de un color crema. Mi mano va de mi boca a mi muslo a reposar. Sus cejas tienen la delicadeza de las expresiones más sinceras.

Los ojos mantienen su conexión a lo que llega Y. Ella le explica todo lo que me acaba de decir de manera resumida e incompleta. Conmigo estudia Y, lo hace desde el comienzo de la carrera. L, Y y yo éramos tan amigos que la gente no lo podía creer posible, hacíamos muchas cosas juntos y teníamos esa característica en común que

es poco común. Y y yo seguimos siendo de ese modo aunque L se fue de la universidad. Y y yo estábamos juntos en un salón del cual nos separaron, jodíamos como podíamos y antes podíamos joder de varias formas. Ahora pertenecemos a un nuevo grupo, supuestamente más adecuado y donde podemos desempeñarnos mejor. No lo dijo nadie, pero son verdades que sugieren aceptar positivamente un cambio. También tiene su cigarro. Le comento que estudié lo básico para este examen corto. Y se ríe. Ella le parece que no hace falta sino leer bien el caso legal que toca y entender bien el enunciado. Yo me paro en señal de permiso y voy hacia el cajero a retirar efectivo. Cruzo el despelote de la parte superior. Ese quiz es como lo había estudiado.

Es hora de presentar. Voy hasta mi puesto, saco el bolígrafo. Pregunto si se puede escribir a bolígrafo, claro que se puede. Arrastro mi silla, hago bastante ruido. Me siento, intento incorporarme a mi puesto, arrastro la silla. Quedo muy apretado, empujo la silla para atrás hago aún más ruido. Murmullos y quejas. Y disgustado me hace signo de desaprobación. Todos concentrados miran sus hojas de examen. El profesor repasa las preguntas en voz alta y clara. Lo primero es poner el nombre y el apellido en la hoja. Seguro y calmado comienzo a escribir.

Los casos en el examen son de gran análisis. Las funciones de los diferentes cargos son etapas de procesos que tienen mucho tiempo vigente y que sus orígenes se remontan a épocas anteriores. La validación de las le-

yes ha cambiado, por ende ha aumentado la cantidad de leyes. Comprometer en situaciones a la Asamblea Nacional por caprichos del Poder Ejecutivo es arreglar una cita con el paredón de fusilamiento a quien mire hacia atrás, y una ducha muy pequeña donde agrupar a demasiadas personas para bañarlas. Con lo que sé y lo que me explicaron logro responder los dos casos. El bolígrafo hace que tenga mucho cuidado en las palabras que elijo. Me paro de la mesa y salgo del salón cuando estoy listo. No muevo el pupitre de donde está. El quiz ha finalizado para mí.

Regreso a las áreas circundantes al edificio principal. El edificio Anexo es para mí y mis compañeros un espectro de actividades lejanas, de materias ya aprobadas, de relaciones viejas y de nuevas perspectivas un tanto desafiantes. Así se ha fomentado un flujo de mismos patrones. Creo que hemos crecido. A lo mejor sigamos trayendo la misma ropa y hablando de las mismas cosas, pero eso no quiere decir que la profundidad sea la misma, o que un espiral no sea a la misma vez una línea recta por donde caminar.

Caigo en cuenta que se me acabaron los cigarros. El día toma un aspecto oscuro cuando sucede esto. Verdad que he sacado efectivo antes. Como que sí voy a ir al edificio del Anexo después de todo. Al frente de este reside el mejor puesto de empanadas. El de V, el peluche confiable quien junto a las mujeres de su vida, mamá y esposa, logra abastecer el desayuno de una gran cantidad

de estudiantes diariamente. Vende cigarros, detallados o cajas enteras. Tortas de pan, o tortas rellenas y sobre todo tiene la recarga del saldo celular. Sabe de deportes. Sabe tratar a las personas. Su carro siempre lo para a lado del puesto, a veces lo arregla cuando le falta aceite o algo por el estilo. No quiero bajar todavía. Tengo una duda sobre una de las preguntas que acabo de responder.

Hablando sobre sus respuestas X y Y cargan con sus bultos. Ninguno tiene cigarro en las manos, pero sí un libro. Antes de que se acerquen les hago con los dedos la seña universal de la panga. A lo que me responden que no tienen. Mientras caminamos todos sincronizados de vuelta por el sitio de las sillas metálicas, por el pasillo de Radio, por la Crocante hasta llegar al edificio del Anexo, un despojo de sarcasmo y humor es arrojado a orejas fértiles a mal interpretar. Y me habla del libro que tiene en la mano en cierto punto. Es de Roberto Bolaño, el gran escritor chileno del cual lo único que me viene a la mente es su foto. Me comenta acerca del Realismo Visceral. Cómo esto influye en su manera de escribir y cómo utiliza otro personaje para describirse a sí mismo y a su amigo, quien también es escritor. Además le llama la atención la gama de colores que utiliza, es un recurso bastante complejo de dominar y las escenas son hechas, según su opinión, a pincelazos. Por otra parte, X había terminado de leer recientemente un libro de Haruki Murakami. Qué genial y excelente son los desenlaces de las tan tramadas sucesiones de eventos de este autor japonés. Yo al momento

estoy leyendo una novela de él, algo sobre un pájaro, o un hombre pájaro, no me queda claro. Ambos, tanto yo como X, coincidimos que el uso de nombres de canciones para contrarrestar la puesta dramática literaria es un gran don que Murakami disfruta y que nosotros disfrutamos de él. No lo sabía pero supuestamente fue Dj en algún momento. Pienso que no me falta mucho tampoco para terminar de leerme una novela sueca acerca marineros en los años cincuenta, cuando el Elvis Presley era la sensación juvenil; del autor Hennin Mankell que me prestó mi tío, y así, poder dedicarme al escritor japonés por completo. Hoy no creo que lea. Tengo cosas pendientes.

Dejo que X y Y se me adelanten cuando pasamos por la Crocante. El olor a donas me recuerda algo. El sueño que había tenido hace tiempo, el sueño sobre la cámara y su fatídica condición resultó ser un llamado. No se le rompió el lente, algo peor. El lunes de esta semana la dejé dentro de un pupitre por accidente al sacarla del bolso, por ningún motivo en particular, ni la prendí, ni tomé foto alguna como sí lo hice esta mañana. Que la tenga entre mis pertenencias de nuevo es gracias a una honesta señora de limpieza de la universidad. Ella la recogió y la llevó al responsable de los objetos perdidos, quien no entendió muy bien de que se trataba porque es una cámara muy extraña, su forma es cuadrada y pequeña. No fue hasta el martes que me dí cuenta que me faltaba, y cuando por fin lo hice salí de la casa con la

camioneta una tarde lluviosa, en la que no tenía clases. El olor era el recordatorio de que el agradecimiento sería comprarle algo de lo que tan rico olía.

Llego al mostrador a lo que veo una donas recién hechas. El calor que emanaba de ellas y la masa que con un mordisco separaría a cualquier estómago del cuerpo. Los clásicos sabores. Las veo y la señora que está tras el mostrador sabe exactamente lo que iba preguntarle. Mi mano ya se alzaba para escoger cual compraría. Del otro lado del mostrador una torta de chocolate con relleno de chocolate es estampada entre mis cejas. Eso se ve mejor. Es más presentable. Mi nariz no deja que las donas sigan su larga espera, ya que su reciente salida es un éxito robado.

Compro la torta de chocolate para la señora y una dona de arequipe para mí. La falta de azúcar en mi organismo ha aumentado. Todavía falta una clase más. Siento mis piernas. Siento mis pies al final de mis piernas. La hora del almuerzo no es sino dentro de dos o tres horas.

Pido que me envuelvan la torta para llevar. La dona está vestida nada más con una servilleta. El primer mordisco es de mera masa, el arequipe se hace esperar en la mitad. El polvo blanco que la recubre es azúcar nevada. Dejo a mis panas y comienzo a darle hacia donde debía para llevar la torta. Segundo mordisco de la dona tampoco tiene arequipe; me doy cuenta de que ningún mordisco va tener arequipe porque la dona no está rellena. Solo tiene la cubierta de azúcar nevada. Termino de masticar lo que se convierte en una desagradable acumulación de

grasa. Llego a la puerta del despacho, pregunto por la señora M, no está, recién se ha ido a otra parte, le dejo la torta de todas maneras para cuando regrese. Espero que esa sí sea de chocolate de verdad.

Me reúno de nuevo. La misión de bajar hasta el comienzo de la universidad sigue en pie. Llegamos hasta el destino en pocos segundos. Estamos ansiosos queremos ser atendidos rápido. Cada quien iba a comprar un cigarro detallado. Yo propuse comprar entre todos una media caja para así gastar menos dinero en vez de sacrificar más dinero que la inversión principal, pero con una ganancia en cigarro más prolongada. V nos lanza chistes sin parar.

Toma y dame. Es difícil divisar como sería la distribución. Las fracciones de cigarro no se miden ni en jalones ni en botadas de humo, cada cigarro es una unidad. Cada uno de nosotros se compra su detallado. No usamos el yesquero que tienen encadenado en el puestico. Yo tengo yesquero en el bolsillo. Me compro otro detallado para más tarde y lo guardo en el bulto a lado de la cámara en el bolsillo del frente. Sin paranoia, sin pujo.

La sumatoria intrínseca de palabras forma la acción, de manera que, la sumatoria aleatorias de acciones es de lo que se habla. El poder de ejercer ciertas actividades resulta de la vasta capacidad de recibir algo mejor a cambio, algo que dure, pero que no cambie de ser lo que es.

En el edificio principal, que es la sede de la universidad, las clases siguen. Cada aula rebosa de aire frío. Cada pierna doblada en la silla es una mano apoyada en

la mesa. Cada luz prendida es un pizarrón en uso. El flujo de información converge entre saludos y abrazos.

Nadie va de gratis a la universidad. A poco número de personas les apasiona la vida universitaria, otros transitan por ahí viendo solo los cambios suceder. La crueldad de las horas entregadas a la formación recalca en pintura puntillista los espacios donde sí se aprendió algo y también los espacios que ya estuvieron llenos. El día finalizará pronto. El Ávila seguirá estando de frente y la Cota Mil estará al borde superior donde está la cancha.

La tercera clase, y la última, es Publicidad y Mercadeo. No tengo ánimos de entrar. Regresar a la casa será lo mejor. Así no peso en la clase y tampoco gasto mi energía. La simpleza de la decisión me parece pura ficción. La mera intuición no sirve en estos casos. Cualquier postura aventura su consecuencia final. Preguntar sería idealizar el desempeño. Reviso mi teléfono. Ya va a ser mediodía. Respondo los mensajes, apartado sin hablar con nadie. En específico el tema de la clase es claro y conciso, y mientras haya teoría explicativa de cómo hacer publicidad sirve; lo que no figura en la larga vista es cómo el engranaje de la publicidad se sustenta por sus clases. Tenemos un proyecto para el fin del año. Un proyecto para llevar a cabo, un grupo y una meta. Competencia y a la misma vez culminación necesaria. Atendidos y material que vender.

Me consigo a una profesora que me dio clases el año pasado. Su clase era Radio. Hice varios trabajos di-

vertidos con ella y es un gusto verla. Se acuerda de la vez que me hizo hacer una vanguardia musical acerca de la bachata. Mi compañero y yo no lo podíamos creer. Terminó siendo un éxito. Hablo con ella sobre los nuevos estudiantes. Nada que yo no sepa o que no me imagine. Su trabajo es en una emisora de gran prestigio. La conversación roza el grado de lo intencional. Es bueno volver a verla. El trabajo que más empeño me llevó fue un capítulo piloto de una serie radial con respecto a un emperador romano, Calígula. Mi obsesión llevó hasta de forma sonora un recuerdo en común.

La juventud goza del error. Se encadena perpetuamente a su irreversible solución que atrae en igual medida un nuevo desafío. Ir confiado de hacer lo correcto condiciona tanto a las personas como condiciona a uno mismo. Cualquiera puede sorprender. Cualquiera puede despejar. La verdadera y justa maniobra ni los líderes la conocen, ni la conocerán, ni es posible de ser ensayada. Solo el topar entre verdades humanas forja el devenir materializado.

El techo se siente cerca. Mi nuca se siente pesada. Las manos bailan al lado de mis bolsillos, pero no las guardo. Pienso en ir hasta el salón donde es la clase. Todos, seguro, van y pasan por la puerta. La mesa de madera estaría vacía y las sillas inexplicablemente estarían desordenadas. La inteligencia colma la posibilidad de excusarme. X y Y atrás mío. Yo en la mitad de la calle. No vamos a entrar a la clase. Nos estamos yendo. La sede sola logrará despachar a

quienes en ella están. El edificio del Anexo se distribuirá la dura tarea con el edificio principal. Los carros contendrán bultos que ganaron o perdieron peso. La calle y sus líneas perderán la lucidez en la noche. La Pecera abrirá y cerrará a la espera. El bolso y los bolsillos.

Bajando por la calle, nos subimos a la acera. Los tres vamos hacia el estacionamiento. No al estacionamiento de la Sede sino al que está abajo apartado de la universidad. Es un trayecto no tan largo, pero si fuese de subida sí nos costaría. Hablamos de la clase a la que faltamos. Por bien o por mal la opción de regresar ya no es viable. Lo pienso y acepto que por pocas que sean las inasistencias ya no hay marcha atrás. Nos topamos con el profesor quien recientemente realizó el quiz. Se dirige hacia la UCV. Él también ve clases, clases de letras. La carrera de mayor grado humanístico. Le deseamos las mejores de las suertes. Pasamos cerca de las ramas que llenan la acera.

Desde la reja del estacionamiento se ve el carro de Y. No peleo con X, dejo que se siente adelante si es lo que quiere. Yo me siento en la parte trasera con los bultos. El carro por su estadía bajo el sol se encuentra cubierto de vapor por dentro. Bajamos los vidrios y aire fresco entra por las ventanas. Y saca el ticket, y junto con este el dinero. La tarifa ha variado últimamente. Antes cuando yo utilizaba el carro de mi hermana se pagaba por hora, ahora hay tarifa única. X prende la radio lo cual corta todo tipo de conversación. Hoy el día en la universidad me deja a la expectativa.

Rodando por las calles más inhóspitas. Cada varias cuadras aparece un caminante. Los árboles hacen las veces de techos, cuelan con sus hojas la luz que pega en el parabrisas. Que pega y florece en la fórmula del vidrio del parabrisas. Ya van varias canciones que han sonado. Saco la cámara que tengo en mi posesión. Pretendo tomar fotos para documentar la ida. Prefiero grabar un video. Comienzo a grabar mientras X y Y hablan. No escucho lo que hablan, pero apenas escucho la primera oración hago una pregunta irónica.

Los muchachos saludan, nada muy cordial. Palabras e insultos para la posteridad. Saco la cámara por la ventana. El recorrido es bastante colorido. La velocidad es la protagonista en la escena. Las ruedas nos cargan y dan la marca a la calle aunque no quede huella.

Entramos en la avenida Francisco de Miranda, pronto llegaremos a Altamira. Las grandes estructuras dan sombra a quienes andan pensativos, y quienes tienen un propósito le huyen a cada frágil techo por no ser el correcto. La ventana sigue abajo. La música suena. No gritamos por nada a nadie. No hay tráfico a esta hora. Excepto por algunos semáforos todo fluye normalmente. Si hubiésemos comprado la caja de cigarros entre los tres fumaríamos mientras estamos en el carro. Muchas motos pasan por ambos lados. Pareciera que las esquivamos, o que ellas nos quieren impactar. Hay gente con las manos en los bolsillos.

Llegamos a Altamira. Antes de acontecer a la pla-

za, donde Y estaciona el carro, me bajo despidiéndome casi sin decir nada, lo hago muy rápidamente. A estos panas los veré mañana y así sucesivamente hasta que me gradúe. Guardé la cámara en el bulto hace tiempo. Ellos arrancan de golpe. Estoy incorporándome a la acera donde ya la corriente no esperó. X en la plaza se montará en el Metrobus. Y irá a la librería que está cerca, tiene asuntos en ese lugar. Me coloco los audífonos, los conecto al teléfono discretamente y le doy con mis dos piernas. Me dirijo al cajero. Paso por el Centro Plaza, desde afuera veo el restaurante de comida rápida, huele a papitas fritas. Los moto taxistas con sus jodas en voz alta y sus ofertas de servicio. La parada de autobuses y los quioscos cortan la vista de los carros. Cruzo la calle viendo a los dos lados y a la vez la línea blanca en el medio.

El cajero tiene una cola larguísima de personas que paradas se resguardan del sol. La brisa es sentida y da un grato reconocimiento. Los presentes me miran mientras me integro a la fila. Tengo varias personas por delante. Hay una señora con una maleta. Tiene tacones, unos jeans, una camisa de botones y el negro pelo liso. Pienso que a lo mejor dejó el sombrero en su casa. La maleta es pequeña y la sostiene aunque no se mueva. Sus uñas son largas. En la otra mano tiene una dona. La suya es cubierta con nueces. La suya se ve mejor. Es muy poco probable no comérsela sin que algunas se caigan, a lo que hace caso omiso. La cola avanza lento. De los dos cajeros solo funciona uno. El otro ha apagado sus luces. Sigo enchufado a los audífonos.

Los cruces de miradas con ella son culpa de la larga fila. El bulto me pesa, me pesa. Trato de asegurar encajar todo mi cuerpo en la sombra. Veo los carros pasar, el semáforo cambiar de color y a los peatones cruzar la calle tranquilamente. En el otro lado de la acera hay un pintoresco puesto de frutas. Hacen jugos naturales a bajo costo. La señora se terminó su dona. El lápiz labial ni se le corrió. Mira su maleta como si fuera a sacar otra de ahí. Se limpia con su servilleta la boca. De repente alguien me habla a lo que me quito un audífono. Planeo responder lo más asertivo posible. Este tipo de conversaciones es deprimente, la gente siempre tiene o quiere estar en otro lugar. El límite de efectivo que se puede retirar cambia si es de otro banco, sí. Sí, el país está mal.

Por fin es mi turno de poner mis manos sobre el teclado. Ese teclado plateado con botones. En la pantalla del cajero hay una ventana, como si fuese una página abierta en un sistema operativo, bloqueando la lectura de los botones. Por eso la gente tardó tanto. Tuvieron que ciegamente adivinar. A mí no me pareció extraña la cola. Esto es insólito. Las primeras preguntas como la contraseña siguen el mismo orden, al igual que los montos están situados en el mismo sitio. No parece ser tan difícil. La gente acaso necesita leer las preguntas y todas las posibles opciones para saber lo que quiere. Llego a un punto de inflexión. Tengo que poner o los dos primeros dígitos o los dos últimos. Respiro hondo. Miro hacia los lados. Pongo los dos últimos con los dedos rígidos. Seis,

siete. Las teclas suenan cuando las piso, la pantalla cambia y cambia imágenes.

Suena la maquina recolectora del efectivo adentro del cajero. Acerté en mi adivinanza.

La sonrisa de espaldas es percibida por los demás, o no lo es, no importa. “Retire su tarjeta para continuar con la transacción” es lo que debería haber leído, pero la pantalla estaba cubierta. Saco la tarjeta mientras al mismo tiempo alcanzo mi cartera. Guardo tanto el dinero como la tarjeta. Varios billetes de cien bolívares. Volteo y miro al próximo. No le digo nada pues ya se dará de cuenta. No hay manera de prepararse para lo que viene y cualquier advertencia causaría pánico. Los primeros pasos me introducen de nuevo al sol. En la esquina de la cuadra hay un quiosco. Compro una caja grande de cigarrros. Entera y sellada.

No falta mucho para llegar a la casa. Me pongo los audífonos y toco mis bolsillos por encima. Tengo las trenzas amarradas. El bulto en la espalda. Lluvia es lo último que espero. El semáforo dibuja la silueta verde de un peatón moviendo las piernas. El rayado blanco y la acera con piedritas. Cada línea amarilla en la acera que termina siendo roja. Motos y carros que temen toparse entre sí. Manos balanceándose y zapatos con movimientos pendulares. Pedazos de concreto irregulares y árboles con raíces alzadas. Camino hacia mi zona, hay una larga fila de palmeras, algunas con nombres escritos en pintura.

Sublime

Gran lugar, donde la música explota fronteras sin dejar estancadas a las personas. Inglaterra, corpóreo hogar de vidas con frío en una noche de verano. Avanzan en la capital las personas, en el día cinco de agosto de 1967. Gente pasea, gente piensa, gente compra en los mercados, gente se monta en aviones, gente conduce, gente habla, todos oyen, nadie escucha. Llena de voluntad como cualquier otra metrópolis cansada de la vacía satisfacción.

Calle conecta acera a gran plaza dispuesta a soportar durante toda la noche borrachos balbuceantes, no mentirosos en su visión, cero filtro a cualquier estímulo. Descargan sus energías de forma egoísta bloqueando al otro y a su vez la totalidad, por estropear una comprensión al abrir puerta tras puerta en el infinito círculo de la vida donde cada cuarto se ve igual que el otro, en vez de abrirle las puertas a personas que no se impulsan por ellas mismas a corroborar con su experiencia, a lo que ha llegado la humanidad en la actualidad. Así la plaza también nos contenía a mí y a mis amigos, hambrientos por experimentar, nos llenábamos el estómago de licor, pulmones de humo, oídos de música. Gracias a la radio, hoy particularmente no había artistas de la calle. Cada uno de nosotros auto adoctrinado a esperar en la vida. Se torna tedioso cuando se trata de acciones colectivas, por

suerte mi generación nació fuerte de médula espinal para soportar el peso de la significancia del paso tomado.

Todo esto surge de mi mente espontáneamente gracias al fluido sonido. Se acaba la canción y dejo de entender para vivir lo que el locutor de la radio con calma dice. Anuncia la primera reproducción del reciente y primer disco de Pink Floyd. De inmediato sus palabras son opacadas por las siguientes estructuras rítmicas del progresivo conjunto de instrumentos empleados para la creación de la canción.

El silencio abarca la unión de nuestros labios al quedarnos paralizados. En el alrededor se veía conectado, cada acción se enlazaba con la otra. Niño pateaba balón a su amigo y este se lo regresaba de igual golpe. Pájaro volaba en picada para llegarle a la fuente para beber de la quieta agua. Mujer colida con tren masculino que trataría de llevarla a su lugar preferido, lo mira, van muriendo y se separan al buscar su inmortalidad.

Serenidad y concordancia. Efectos de drogas consumidas durante todo el día, y claro, toda la semana, son aniquilados por el gran sentimiento del conectarse con el fluir del gran río. Fluye al tiempo de un bajo cautivador y marcado por el buen uso del callar vacío y dejarlo manifestarse. Cada átomo presta atención, pelos parados cual antenas aceptando las ondas en cada nervio. Sigue la composición hasta alcanzar el clímax, momento de cerrar los ojos. Los abro como despertar de un sueño nunca soñado, más bien alucinado de forma violenta y repentina. Nada

igual sería creado. Observo a mis compañeros hipnotizados por sonoras evidencias de propagación en el espacio. La eternidad de mi tiempo y espacio, no es sólo mía.

IV

La significancia de una ficción propia contrarresta el concepto análogo a las experiencias humanas que se han fabricado en los últimos siglos. Que no son ni arco ni reflejo de la naturaleza auténtica, sino de una ficcionaria conducta moldeable.

La franela de Frida Kahlo tiene un pequeño sustrato de sudor por el regreso a casa. En el ascensor el espejo está igual que todos los espejos. Mi cara del mismo tamaño que la vez pasada, mismo tono de piel, color de pelo y color de ojos. En el ascensor no hay brisa, creo que aire tampoco. He estado en esta pequeña caja de metal cada vez que quiero ir a mi casa, será que la tumba es igual. La luz en el ascensor llega, me imagino a través de cables. Marco mi piso y espero. El bulto ya casi ni lo aguanto, el piso no está manchado con nada.

Abro la reja y después abro la puerta. Esa sensación de vaciar con el propio volumen el espacio inmóvil de la casa al abrir la puerta es de lo mejor. De prisa voy a mi cuarto, saludando en voz alta para verificar si hay alguien en casa. Paso tras paso, pensando en quitarme los zapatos. Saco las cosas del morral que me importan. La caja de cigarrillos la pongo en la mesa, igual que la cartera, el yesquero, el teléfono y los audífonos. Los zapatos los arrojo hacia la pared de la habitación.

Caen volteados. Me quito la franela, hasta aquí llego ella. Abro la ventana.

Mi mamá está en la cocina, terminaba de comer, no la veía desde la mañana. Me pregunta sobre mi día, con tono profundo e indagador. Le comento que no entré a la última clase antes de que lo deduzca por la hora en la que llego. A ella en el trabajo le fue bien, tiene nuevos proyectos con su gente. Viene a almorzar y después de descansar un rato se vuelve a ir, así toda la semana. Yo ya sé que me quedaré aquí por el resto del día, tengo que estudiar para una asignación que tengo el viernes. Intento lo menos posible de hacerlo agradablemente eficaz. Saco mi comida de la nevera. Mi mamá se fue al sofá a tomarse su café mientras lee en su teléfono noticias o responde mensajes. La pongo en el microondas. El aroma de la tasa del café se esparce.

Tras escoger la salsa de la variedad que la nevera contempla. Su luz amarilla me recuerda algo. Camino sin hacer el menor ruido hacia el balcón, casi deslizándose con las medias. Me siento en la punta de la mesa. Mi puesto. De frente al televisor pantalla negra, aquí también me reflejo, solo que de distinta manera. Prendo el televisor y doy el primer bocado. Para cuando termino de comer ya he visto un episodio entero de cualquier porquería que pasan a esta hora. Lo apago, no importa el canal en que lo deje. Recojo y me voy igual de silencioso hasta la cocina.

Tras lavar lo que ensucié agarro una botella de agua fría. Por lo general, agarraría también un yogurt o

una galleta. En mi cuarto, me lanzo en la cama. Me estiro para alcanzar mi teléfono. No prendo la televisión, ya sé que no están pasando nada. El control remoto con su forro anti caídas yace en el piso, ahí es donde lo dejo a veces, otras encima de la mesita de noche. Reviso cada aplicación, hasta llegar a donde había dejado de verla la vez pasada. El Wi-Fi titila rápido, mi dedo corre imágenes temporales. Como un ciclo que no toma en verdad mucho tiempo, pero que a la larga encadena y despoja sensorialmente. Los parpados me pesan, pero entra tanta luz desde la ventana que es impráctico que me duerma. Cambio de lado en mi cama, izquierda, derecha, y de nuevo izquierda. El paisaje por la ventana pinta unas nubes de cristalino color. Sin más dolor, sin más atrofia.

Revisando los mensajes leo uno por uno, reconozco uno viejo que me llama la atención. Lo había visto en la mañana, pero no lo había abierto todavía. Ahí dice la hora en que lo recibí, es de ayer. J, otro amigo mío, este de más duración que los demás, me envió ayer un enlace para ver una película tipo documental. Yo estuve con él ayer entre las cuatro y las cinco de la tarde. Dimos unas vueltas en su carro, y después me dejó. Entre semana todo es más corto.

Los documentales tratan de evidenciar una realidad, por lo general la realidad en la que se empeñan cámaras y otros materiales es siempre condicionada, o con dejo de matices provocados por la recurrencia del tema

en distintos ámbitos de la vida social. Me llama la atención ver este, es nuevo, lo publicaron recientemente y lo subieron a YouTube. Como estoy en mi cama, y el teléfono tiene pila, lo veré. Me vuelvo a estirar para alcanzar los audífonos. Las demás asignaciones que esperen, estoy en el descanso.

No sé si J ya vio el documental que me mandó. Para qué escribirle, lo haré después de que lo vea. Se llama *Before the Flood*, es producido por Martin Scorsesse y protagonizado por Leonardo DiCaprio. Creo que tiene que ver con National Geographic, y la narración de DiCaprio es tan llena de experiencia como también se entrelaza con las acciones. Su voz es tan peculiar, la reconozco de las tantas películas que tiene; en las últimas sus roles han sido radicales. Comienza con su postulación por la ONU como embajador del Calentamiento Global. Tiene la barba y el pelo largo, recogido con una cebollita. Está vestido de traje aunque no es ninguna entrega de premios, ni tampoco sabemos quién es el diseñador. Acepta con mucho honor su puesto y plantea varios de los objetivos a futuro. Es una iniciativa y cada oyente tiene un papel importante. Estas conferencias siempre me impresionan, tienen demasiado poder persuasivo.

Mientras desempeña su función en una de las organizaciones más grandes del mundo tiene que grabar una película. La cotidianidad y la profesionalidad en este caso se unen. La película es *El Renacido*, *The Revenant*, donde pelea contra un oso y donde se resguarda del frío

dentro de un caballo, le quita los órganos obviamente. Yo la había comenzado a ver pero me perdí el final. El set de la filmación es en Alaska, hay nieve y la utilería de la película en este caso recuerda a la Guerra Federal de los Estados Unidos. En esa guerra se logran los derechos civiles por igualdad para todos los ciudadanos. Ya que está tan arriba en el continente Leonardo decide visitar al país vecino. Vuela en helicóptero hasta Groenlandia donde el hielo se ha comenzado a derretir preocupantemente. Los científicos ahí han determinado una serie de datos. La conclusión es que dentro de poco tiempo los polos se derretirán. Los bloques de hielo ceden violentamente.

La condición en la que estos científicos desarrollan sus análisis es de aislamiento completo. Las vistas de los paisajes blancos y solitarios disputan un mismo cielo fragmentado y escondido. El desierto de nieve es primogénito al desierto de arena. Cada extremo del planeta da su época y este es dado por otra anterior. Del frío al calor y así sucesivamente. Regresa como fue, en helicóptero. Estoy cargando el teléfono con las manos esperando que no se me caiga en la frente. Las piernas acomodan las rodillas de lado a lado.

Estoy intrigado, a la espera. Mientras graba la película viaja a varios países. Sucede algo desafortunado en el set de grabación: se quedaron sin nieve. Nadie puede solventar ese problema. Las estaciones han cambiado drásticamente. La película no contaba con esto. La decepción traspasa la cámara. Solucionan yendo a grabar a

Argentina, en el otro extremo del continente. El director, de *El Renacido*, es Iñárritu y aparece explicando el asunto. Las escenas son logradas tras un largo esfuerzo. El presupuesto de la película seguramente no contaba con ese percance. DiCaprio mientras hace esto hace aquello. Es imparable, tiene una agenda configurada que le precede a su cargo y a su profesión. Dispone de todo su tiempo en su misión. Recorre el mundo hablando con los mayores representantes del medio ambiente en distintas partes, viaja a Indonesia, Medio Oriente, le comentan sobre la mayor fuente en aquellos espacios, la energía solar, mientras le demuestran como la demografía ha cambiado la fauna y la flora en las zonas rurales. Se adviene que el ser humano ha perdido algo en su ser, que la falta de esa conciencia es inaceptable.

Viaja por Europa, cada vez cambia de ropa, aunque con una boina estilo deportivo, pasa por Italia donde visita al Papa Francisco, el primer papa proveniente de Sur América. Le da un regalo, tras elogiar a Su Santidad; es un libro de Jheronimus Bosch, un pintor del siglo XVI, donde se encuentra la icónica pintura *El Jardín de las Delicias*. La obra para DiCaprio tiene gran valor sentimental, desde su infancia la veía. Es una obra que se divide en tres partes donde la raza humana realiza distintas búsquedas por placer mientras su entorno cambia y fluctúa. Tiene cronología y para cada quien que la interpreta un significado distinto. Su simbolismo es de gran referencia y el Papa Francisco la recibe con la mayor humildad y nobleza.

Esa pintura reside actualmente en el Museo del Prado, en Madrid, donde ingresó como depósito del Patrimonio Cultural en 1939. Este autor, llamado El Bosco, tiene otras, cuadros fascinantes como *El carro de beno* y *Mesa de los Pecados Capitales*. Fueron encargadas a petición del Rey Felipe II. La interpretación de este tríptico comienza con el lado izquierdo que es el Edén, también está la Fuente de La Vida, donde se reparten los primeros pecados, el femenino y el masculino, y donde el demonio se esconde. En la parte central está propiamente el Jardín de las Delicias, es un falso paraíso donde la humanidad ya ha sucumbido ante el pecado. Hay gente desnuda, extrañas estructuras que aprisionan a los personajes, los estanques no son limpios, las figuras de animales tienen mayor tamaño; escondido está Juan Bautista o una representación de él señalando a Eva, quien es culpada por los pecados. La última parte de la pintura es el Infierno, hay fuegos y torturas, criaturas fantásticas como un hombre árbol y hay jugadores, apostadores. Toda la obra tiene sentido moralizante. DiCaprio le muestra el dibujo al papa sin tanta explicación artística, seguro de que en el libro se detalla mejor.

Se traslada hasta Beijing, después a la Isla de Kiribati, en Oceanía. Esta isla es la primera zona de todo el mundo en recibir el año nuevo. Las palmeras son altas, las costas reflejan una belleza tranquilizante, aunque la música de la toma nos trasmite una sensación de claroscuro. Los Kiribatianos son pocos. DiCaprio los saluda y

su carro es conducido por las vías y las calles más llenas de gente. Todo este sitio tiene alerta de desaparecer por el cambio climático, de hundirse. Los treinta y tres atolones que la conforman corren peligro. La ONU ha estado al tanto de la situación. Sigue su viaje, en las grabaciones han pasado meses. Cada vez está más cerca de tener la imagen completa del asunto.

En fin, DiCaprio da su recorrido hasta llegar a su país natal, a pesar de tener ascendencia napolitana. Aquí tiene el mayor peso su presencia, aquí la introspección del recorrido es de gran potencial. En los Estados Unidos se percata de que el consumismo está sentenciando el criterio de las personas y que puede que en algún momento empeore todo. El actor que usa un carro con otra fuente de energía que no es la gasolina. Las actividades de las grandes industrias son registradas en video y con ellas sus emisiones. Los programas hechos para educar sobre este tema son realizados por personas con problemas reales y con visiones totalmente enfocadas en lo que es la vida en el planeta. Es una bomba de tiempo. Las tecnologías implementadas son las que sin importar quien las use dan resultados. Los lugares que visita Di Caprio son con tecnología de punta.

A todo el proyecto se le antecede el factor de que varios de los políticos afirman que el calentamiento global es una farsa, que es un invento, que esos datos son consecuencia de un control poblacional, que sin ellos la gente actuaría libremente. Esto lo ven así los que ejer-

cen altos cargos en las compañías petroleras o químicas de esa nación. Sin embargo, hay estados que han sufrido las consecuencias del calentamiento global. Miami ha sido uno de los estados que más dinero ha invertido por inundaciones provocadas por las altas mareas. El Gobernador de ese estado explica cómo se está distribuyendo el trabajo en la zona. DiCaprio se contiene de estallar. Caminan de lado a lado revisando las averías del sistema de drenaje de la ciudad.

En un momento el documental muestra escenas de cómo se consiguen los recursos minerales. No hay aplicación a las necesidades, sean cuales sean. No se contextualiza los riesgos pasados, pero los riesgos futuros siempre parecen colocarse lejos. La contaminación es diaria. La fuente vital de todos los seres humanos es el aire. Los gases que contiene la atmósfera son el combustible de la vida. El colmo es la contaminación de los mares. Esa contaminación viene desde las superficies, el mar no se auto degrada, evoluciona y su fondo contiene y alberga variedades infinitas, especies hermosas. Hay tomas subacuáticas donde corales y demás organismos todavía gozan de un ecosistema saludable. Todo está en perspectiva para este momento. DiCaprio no luce feliz, pero lo está aceptando con la visión de conseguir ayuda.

La película no daña en ninguna otra escena del documental al ecosistema. Cambio de posición y ahora dejo el teléfono en la cama y me postro encima. Las almohadas en el pecho. Los audífonos han logrado mantener-

me cautivado. DiCaprio logra reunirse con algunos empresarios quienes innovan con sus soluciones. Se puede cambiar, uno mismo, cuando nos aceptamos, solo entonces se puede cambiar. Distintos talleres que reemplazan funciones cotidianas salen en escena. Mucha brisa, me centro en no despegarme del teléfono. Gerentes de compañías tienen más datos sobre lo que acontece, trabajan para una causa y no para una empresa, la empresa es solo el medio donde establecerse. Hay una escena en la que ponen grabaciones donde DiCaprio tenía menos edad e hizo películas de gran renombre en la industria del cine, es un chico que ha madurado, ha crecido y su camino lo ha llevado lejos.

Terminando el documental, el cual me ha causado gran ansiedad y desorientación, aparece la Casa Blanca. Visita a Barack Obama en el final de su mandato presidencial. La conversación con el presidente toca varios de los puntos mediáticos, el seguro de salud de los estadounidenses y por supuesto el ambiente. El documental llega a un punto memorable cuando al terminar su viaje es momento de afrontar y explicar todo su recorrido frente a las salas llenas de embajadores y representantes de todo el mundo. Es parte del documental. La ONU organiza para la ocasión una conferencia donde dictaminará si el Tratado que se llevará a cabo entre las naciones será aprobado. Cada delegación debe dar su voto. Ha sido esperada, el orador es nuestro protagonista ganador del Óscar.

Había preferido ver el documental que estudiar. Solo para no concentrarme en todo. Ahora el estudio perdía su encanto. Mi cuarto, con sus cortinas abiertas y su puerta por la que recorre el aire fresco del Parque del Este. Caracas ha perdido bastante verde, muchas construcciones a lo largo de la capital. El teléfono hierve. Le desconecto los audífonos. Lo pongo a cargar. Había gastado prácticamente toda la batería. Decido encender la laptop en mi escritorio lleno con muchas otras cosas. Levanto la pantalla y la desbloqueo. Ahí tengo las lecturas. Uno aprende a leer y después lee para aprender.

Cerca de donde me disponía a trabajar veo mi caja de cigarros nueva. El encendedor también. No puedo contener la inconformidad que deja un confort tan susceptible y de fuerte impacto. Agarro un cigarro y lo enciendo. Reviso en mi teléfono los mensajes. Un amigo, B, me ha escrito. Plantea que salgamos a tomarnos algo y jugar cartas. Le explico que tengo que hacer una lectura para mañana y que me dé un rato. B es de los amigos más cercanos, casi que crecimos uno al lado del otro. Ya no nos vemos tanto, se fue a la Metropolitana, sigue con lo suyo pero no somos tan unidos como lo éramos. Supongo que nos tocaba distanciarnos. No puedo creerlo, pero en verdad necesito despejar la mente. Tengo unos snaps en mi cuenta de Snapchat. Otro amigo, A, a quien le comento sobre el documental que acababa de ver, de cómo me sentía. A fue quien se agarró a la amiga en la universidad, lo vi el fin pasado. Me responde desde su

casa al momento, está relajándose en el sofá de la sala, me manda un video. A lo conocí en la universidad, estuvo un tiempo ahí y después se fue por un problema con las notas, creo que no pasó unas materias; ahora estudia en la Metropolitana. No hay apuro. El tiempo de Dios es perfecto. Tomo agua de la botella.

Le mando un mensaje de voz a mi amigo J, quien me mando el documental, un mensaje de voz sincero con mi opinión de lo que acababa de ver, duró menos de los que esperaba pero hablé concretamente sin rodeos. Camino por la casa, insaciable, sin noción de bienestar y con el apetito destruido. J me responderá después de un rato. Mi hermana entra en la casa. Suena la reja, suena la puerta. Yo estoy en mi cuarto. Ella llega y pregunta, haciendo conversación conmigo. No ha estado en la casa desde ayer. Regresa de donde su amiga L, quien estudiaba arquitectura con mi ella. Estudiar arquitectura es una ocupación diurna y nocturna, se estudia todo el día todos los días. Mi entusiasmo desborda, miro fijamente cómo me responde, trato de expresarme lo más claro posible, no hay el menor ejemplo para expresar lo que ha sucedido. La conversación fue sostenida y lograba sacar lo mejor de mí. Le expliqué mi día, paso a paso, acción tras acción, ella me escuchaba atenta. Dijo su día, y cómo llegar a la casa no era el final de este. Hoy seguro que sí se quedará.

Discutimos y ponemos en perspectiva este suceso político. Mi hermana y yo. Denunciando que nos afecta,

denunciando que es de comprensión mutua. Somos un equipo. Me llaman al teléfono, B me espera abajo de mi edificio. Le digo a mi hermana que esto no se quedará así por mucho tiempo. Que tengo varias cosas en mente que requieren de todos nosotros, por ejemplo que quiero escribir una novela, que a lo mejor mi papá me puede ayudar a traducir varios de mis poemas, también le digo que tengo que terminar de estudiar y que ahora ni comencé, por ver el documental. Le digo que debería echarle un ojo. Que no se lo pierda y que vale la pena, aunque yo todavía no canalizaba mi propia pena.

Entro en el carro de B. Color naranja metálico, es pequeño, y tiene cuatro puertas; es sincrónico. En el asiento de piloto está O, otro amigo que estudió con nosotros. A decir verdad, B repitió, pero es de la promoción. Nos dirigimos a casa de O para jugar allá.

Fijaremos las parejas cuando ya estemos sentados en la mesa. Tenemos que ir a rellenar unas cervezas a una licorería. Hay muchas que tienen distintos precios y obvio distintas cervezas. O tiene en su casa una botella de sangría. Me preguntan primero por una licorería que supuestamente yo les había comentado donde la birra es barata, les corrijo que es un lugar donde se beben y que no aceptan llenar vacíos de cerveza. Ese lugar está bien ubicado, Pajaritos, pero no es de fiar, ni que regalen las cervezas. Se consiguen allí las famosas polarcitas, esas tienen un sabor único.

En el camino con los vidrios arriba, le bajan vo-

lumen a la radio, no le presto mucha atención al programa que está al aire. Me preguntan también qué haría yo con una cantidad exorbitante de dinero. Es una pregunta básica, todos nos hacemos de vez en cuando esa pregunta. Creo que las respuestas de todos no se distancian por mucho. Venezuela es donde la mayoría de las personas apuntan por el mismo logro. La realización es lo que cambia y de vez en cuando entorpece a los demás. Acababa de ver este documental y ya estaba pensando en que derrocharía dinero, que ni siquiera tengo. Me limito a responder algo razonable.

Me preguntan por un negocio que llevarían a cabo ese día. Una venta de dólares con gran parte de ganancia. Transacciones de banco a banco que se pueden realizar desde cualquier dispositivo. Dinero que lo más seguro es que no se invierta y sirva de ahorro digital con gran remuneración en un futuro. La economía ha pasado por golpes fuertes. El Banco Central con la impresión de billetes ha desbordado el quehacer del flujo de divisas, más del que ya se tenía por causas y decisiones gubernamentales. Ellos dos ofrecen repuestos para carros y cauchos, negocian partes traídas de diversos lugares como China. La lista de los ejemplares le llega a cada contacto de sus teléfonos. Venden carros y camionetas a precios estandarizados. Fotos y fotos de vehículos en venta, oportunidades que disponen a sus clientes gracias a la acción primaria de un conocido de B a quien le pide que concrete la venta. Yo he vendido por mi parte dólares, no a grandes

cantidades como las que se manejan en tratos que hacen dudar a parte y parte, pero lo suficiente para no preocuparme. La moneda se ha devaluado a pesar de haber sustituido tres ceros en sus cifras. Las cosas cuestan más. La inflación ha desatado crisis. Medidas desesperadas con intenciones esperanzadas.

B da un aprovechamiento del dinero muy alocado, cenas, tragos y expresiones que imagina. O da una versión más reservada. Concluimos que el mejor gasto sería en viajes. Ahorros o inversiones son necesarias y más en este país. Llegamos a la licorería. Nos bajamos y preguntamos por la mini reja del local. Nos atienden, B compra cigarros, a mí me quedan los míos todavía. Impuestos tácitos en las compras se pierden entre destinatarios. Los cigarros han subido tanto de costo desde que comencé a fumar. No solo los vicios suben de precio.

Pasamos buscando al hermano de O. Es modelo masculino y locutor en una emisora de radio. Antes de llegar a la casa, me asomo por la ventana del carro en movimiento y veo dos loros posados en la ventana de un apartamento. Bajo la ventana manualmente, vuelta y vuelta. Pienso en Ella. Me distraigo abriendo una cerveza. No tengo destapador ya O había abierto la suya, abre la mía y la de B. El hermano se monta en el carro y nos ofrece unas entradas para un juego de fútbol del Caracas. Este fin tengo otros planes.

Los fantasmas culturales

En la vida de un estudiante hay un momento en el que la mente está tan ocupada en tratar de figurar un espacio donde uno logre hacer lo que en verdad le gusta, que pierde el sentido del gusto, y comienza a racionalizarlos, craso error que conlleva a conocerse. Él está en su casa tras un largo día en la universidad. Sus clases fueron abismalmente lentas para sus ojos, y el día todavía tenía más por dar. Se percata súbitamente que su interés por la carrera se había acabado, que ya ser comunicador no era su meta, que su esfuerzo por intentar serlo le volvió a donde comenzó, que el tiempo solo marcaba un camino por tomar. En un punto de inflexión como este, la soledad no designa nada agradable mientras la crítica fomentada desde su educación básica cae fuertemente en picada sobre Él. Aunque sea un chico que ha experimentado, gracias a la carrera y a su gusto por las artes, la dura sentencia de obras terminadas de varios de los mayores exponentes, tanto de su país, como del resto del mundo; su imaginación termina por clausurarse a causa de una bancarrota inspiracional.

Con cada canción, con cada cuento disputaba su caminar, cambiaba su mirada y, como todos, decidía cómo vestirse. Hace tiempo ya que su fascinación rondaba solo entre los clásicos mundiales, leía a Poe y a Ray Bradbury,

admiraba a Whitman, escuchaba sin cesar el bajo de Roger Waters, se sofocaba ante los gritos de Robert Plant y aullaba junto a la trompeta de Miles Davis. La emoción que le causaba ver cómo el artista englobaba un mundo y, a su vez, el mundo al artista, con una luz que hacía brillar los nuevos días cada vez más opacos; le daba un sentido de pertenencia aunque no fuese suyo. La decisión de que terminaría el año y luego se retiraría no le costaba nada decírsela a sus padres, sería fácil, pues, suerte que ellos son así, pero a sus amigos con los que tenía una visión en conjunto sí le reprocharían. Los cuadros inverosímiles de las anónimas lluvias denotaban el infértil suelo donde Él vive y, donde tuvo alguna vez un sueño de escribir.

Sentado en su cama viendo por la ventana como los hombres evolucionan mientras crecen en la ciudad que parece ser parte de cada quien, ya que alberga cada vez más carros y más autobuses, cada vez las aceras tienen más quioscos y más semáforos; pero a Él solo la barba le crece y sus pensamientos nada nuevo aproximan.

¡Estornuda! Se vacila su pobre circunstancia, la ventana de su cuarto algún día dejará de serlo, la cama en la que está sentado lo aguarda cuando quiera para dormir y es tan joven como recuerde pisar fuerte con su pie.

Con euforia entrega su atención a colocar música en el estéreo de su cuarto. Un cuarto no muy grande que sirve para la acústica según le había dicho un amigo que estudiaba arquitectura. Como de costumbre pone alguna banda de los sesentas buscando incursionar en un senti-

miento fugaz. Deslumbraba las cornetas en sus oídos un manantial de oportunidades, o era más bien las secuencias de la batería, pero sus ojos se tropezaban con la verdadera vibración creadora. Hacía que sus manos agarraran el aire y soltaran por su boca humo de cigarrillo. Él decide que aprovechará su fantasía, no la dejará metabolizarse y comienza a dibujar. Como si fuese un ejercicio sencillo inaugura algunos trazos, sin duda su intención iba por algo abstracto, algo que rociaría el blanco de la hoja. Tras varias canciones se define su fluir hasta que percata que el teléfono suena. Tranquilo y sin perturbarse, camina y contesta, era su mejor amigo; lo llamaba para invitarlo a tomarse algo juntos. Acepta y deja el dibujo sin terminar, el disco sin finalizar y el cenicero sin limpiar.

De vuelta a casa, y después de comer algo, se sienta en la silla y le saca punta al lápiz. A punto de retomar su arte, ve sin tener que enfocar mucho su mirada en la hoja, una cara compuesta por todas sus rallas. Lo que él pensaba que sería una obra abstracta dejó su forma pasada y deslumbra las facciones de un rostro. Sorprendido y casi extasiado continúa dándole forma, hasta le da una barba tupida. Después de agregarle varios colores, rojo, azul y morado, finaliza su gran creación y la deja sobre su escritorio encima de su laptop.

Ya es de madrugada, el día por fin acaba, Él adentra sus pies dentro de las sábanas, acomoda sus almohadas y prende el televisor. Alcanza el comienzo de una película espacial, no era *Dune* ni *Star Wars*, mucho menos

Star Trek, esta nunca la había visto. Entre los malvados cortes comerciales, tambalea y cae preso del sueño. Dentro ya en su cabeza la película es recreada mejor que ciencia ficción. En una nave espacial tiene la difícil misión de buscar por toda la galaxia un nuevo sol para cambiar el de su sistema solar y así potenciar nuevas vidas que traerán una revolución tecnológica, además de la aparición de nuevos colores. Solo, en la aparente nave que viaja implacable por el vacío llega a una inmensa nube espacial donde todos los sensores se activan como truenos verdes y naranjas. Sumergido en pánico onírico, comprende lo distinto de esta situación, realiza que es un sueño. A pesar de esto, muy fácil suena crear una simple palanca con la que se active una aspiradora cuántica y desaparezca la nube. Pero se bloquea y no logra materializar la bendita palanca. La nube se acerca, está solo y no sabe si logrará de igual manera despertar. Como la premonición de un entierro prematuro, la nave es su tumba ya en el subsuelo y su mente es el montón de tierra por encima.

Despierta justamente cuando la película en la televisión se termina y los créditos tapan el final, el cual no alcanzó a ver, ni supo qué sucedió en su sueño; solo ve que el director de dicha película tenía su mismo nombre. No podía dejar de visualizar la palanca, su color plateado se le había incrustado detrás de los ojos en la glándula pituitaria. Prende otro cigarro que es consumido en no más de seis jalones, a lo mejor un Belmont, y vuelve a dormir, esta vez sin soñar.

Es un sábado, la alegría de estar en casa es manifestada con tres horas más de descanso en su cama. Al cabo de las once de la mañana se levanta con la convicción de hacer otro dibujo, selecciona en su Ipod a la banda inglesa Led Zeppelin y coloca el cuarto disco. Es su favorito de la banda, una vez casi consigue comprarlo en vinilo pero el precio por el remasterizado era tan alto que no le alcanzaba así que compró uno de Queen.

Concentrado dispone buscar su nuevo lienzo cuando escucha una voz:

“No puedes seguir dibujando mientras escuchas ese tipo de música tan atorrante” dijo una voz que no era familiar y tenía un tono algo fantasmagórico, como si fuese de otra dimensión.

Él abre la puerta a ver si es su madre desde otro cuarto. Sale y se encuentra que no hay nadie en casa. Entra de nuevo y le baja el volumen para concluir de una vez que la voz no estaba dentro de su cabeza.

“La diferencia de vibrato entre la voz y el sonido de la guitarra son clave para entender por qué esa banda tuvo tanto éxito, pero para mí es solo parte del increíble show que dan”. La voz parecía salir de sus oídos y volver a entrar por los mismos, a manera que en el fondo Él conocía esa voz.

No se había ni acabado la primera canción y el solo de guitarra sublevaba el trance hasta acercar puras nubes negras al borde de la ventana. La ubicación del aparente locutor lo volvía bizco. Desconecta los cables,

se calla la música, late su corazón que sirve de radar para encontrarlo, para encontrar la voz. Pero la voz sin eco no volvía a hablar, hasta que...

“Yo sé que escogerás mejor, tal vez una sinfónica donde el arco del violín sí se utilice correctamente” dijo la voz.

Sus ojos brincan hacia el escritorio, encima de la laptop, donde estaba su dibujo de ayer. La mirada evoca al abstracto rostro. Suelta el lápiz, se le rompe la punta. Las cualidades perceptibles de un locutor yacen en lo plano de la hoja, sin cuerdas vocales el pedazo de papel moviendo la boca colocaba palabras en los oídos de César. La personalidad crítica de este personaje encaja a sus enormes cejas, aunque solo se percata el movimiento de los labios. El pasado metabolizado de Él había cagado a ciegas un engendro artístico, un fantasma cultural. Sin mucho rodeo lo confronta, pues ya en clases había leído *Frankenstein* de Mary Shelly y sabía por dónde venían los tiros.

—Eres una creación mía y en el mundo residen tus pensamientos y gustos, no tienes nada qué opinar más que suspiros para mí —le dijo César, desafiando su propia conciencia.

—Me tomas como si fuese la carcasa del Súper Hombre, pero entre mis gustos sé cuáles son los mejores y por qué, no divago como tú chico light —dijo el rostro.

—Los artistas que contemplas con esa inocencia engendradora, pues eres solo un dibujo, recalcan tu pasar efímero concebido por mi tiempo. Y seguro estoy que no

quiero compartir mi espacio para poder avanzar —dijo Él.

—Más allá de su responsabilidad con otros y con ellos mismos tú no tienes comparación con esas personas, pero crees que la misión cambió y disfrutar no lleva tanto aprendizaje si sabes lo que te gusta y sinceramente te enfrascas entre tus propios dientes —dijo el rostro.

—Armonizar junto a los grandes no es decaer en mi propio juego, más bien entenderlo mejor para poder abarcarlo firmemente —le dijo Él buscando de una vez la desaparición del rostro.

—Analizar cada vez cómo ser al igual que tus ídolos, pero explorar que se siente no tener dueño o dirección debe ser monstruoso —dijo el rostro casi que riéndose de Él.

—Mi virtud no te incumbe ni eres destinatario —dijo Él.

—Puedo ser relajadamente el reflejo de toda la generación que vive junto a ti —dijo el rostro provocando en Él un bloqueo incontrolable. La visión de la palanca venía a flote y traía consigo una jaqueca que hacía mover rápidamente todos los dedos sin cesar.

—¡Suficiente, te voltearé! Me ladillas más que un mosquito, y no eres ni insecto —dijo Él.

—Hazlo, igual aunque logres mantenerte sereno, tu sangre será caliente —dijo el dibujo y fueron sus últimas palabras del día.

Él pone ahora un libro encima de gran tamaño, una enciclopedia o un diccionario. Sale de su casa, antes

llama a su mejor amigo y acuerdan verse en la plaza. El día mejoró, las nubes ahora se presentaban blancas y el viento enfriaba su cuerpo. Sin mencionarle nada charlan plácidamente, sin embargo analizaba el comportamiento de su amigo buscando similitud con la personalidad del rostro. Concuerdan varias similitudes, para él todas las voces no tenían ya profundidad, decían lo mismo y lo dejan en la misma situación. La vena de la frente se abultaba y no paraba de sudar, la incomodidad atacaba como claustrofobia. A pesar de esto, respira, logra ver su falta de disfrute, e, invita a su amigo a ver una película, a lo que le responde que las ha visto todas en el cine y que tenía que volver a casa a terminar un ensayo sobre los medios de comunicación actuales.

Sin entrar en detalle se despide y camina de regreso a su casa. Pensaba en como actuaría la gente si descubrieran a X, así llamó al rostro, se volverían en contra de él, ni de vaina vio posible que esto ya haya pasado, todas las fortalezas individuales que buscaban comunicar el asunto se veían comprometidas. Se lo guardó para sí mismo, *como lo haría yo*.

En su cama al final del día sin querer ni siquiera hacer una conjetura más, dispone su tiempo a dormir. Descansar del agobiante engendro y de él mismo. Los latidos acumulaban cada vez un mayor grado de profundidad en el negro paisaje de sus ojos cerrados. Las manos atravesaban la confortabilidad de la cama hasta llegar al vacío, y sus piernas se dislocaban con el reposar. Su dolor igualmente

percibido tanto por el cuerpo como por su psique iba en decadencia junto a dos mil y un arquetipos. Pero cuando se quiere algo, como dormir, todo confabula y olvidarse de sus molestias lo hicieron borrar cualquier pensamiento y de esa manera entro en un profundo sueño.

Mientras, en el aire onírico que lo acariciaba, era un árbol. Se había transformado morfológicamente. Su tronco está postrado entre unas humildes casas con jardín. Logra sentir un poco de viento de mar, divisa entre sus límites que está en Río de Janeiro, ve cómo yace en la cima el gran Cristo Redentor encima de la montaña vigilando a la ciudad e invitando a cualquiera a sobrevivir, y sobre este último un sol rosado que maquilla la atmósfera de meras y entrañosas ganas y quereres.

En los jardines de las casas hay juguetes de niños, hay carros rústicos de plástico, una bicicleta montañera en perfecto estado, los clásicos balones de fútbol esconetados por el uso de un hijo único que chuta contra la pared toda la tarde, y también logra ver una parrillera de cemento aun con carbones humeantes y grises. ¡Siente un corrientazo provenir de unas de sus ramas!

Sobra una distorsionada sensación de ardor en su vista. Un cable de electricidad está justamente entre varias de sus extremidades, va de poste a poste y tiene un tramo suelto, pelado, gracias al uso que los pájaros le dieron ayer. ¡Otro corrientazo! Las casas se iluminaron pues el paisaje se oscurecía. Solo brillaban las ventanas y los postes en la calle, del resto toda escena eran sombras

de hojas. Intenta asegurarse y mover su rama para que deje el contacto con el cable, pero su ya finalizado crecimiento autótrofo no lo permite. Pide al viento, al Cristo Redentor, a quien sea que lo separe de este sufrimiento. El viento le había tumbado ya varias hojas con su fuerza, veía en el suelo puntos café y marrones de hojas pasadas que se habían caído gracias a que...

¡Corrientazo aún más fuerte! Por poco y no llora clorofila. Recuerda de golpe que la madera no es conductora de electricidad y deduce que debe ser algo afuera del sueño que lo perturba. De hecho, un mosquito le había picado repetidamente en los dedos de la mano. Es un lugar trancado para rascarse, así que se frota con la sábana. Prende el ventilador y toma agua a temperatura ambiente, cae rendido para finalizar las horas de dormir tranquilo.

Es domingo, el día con estupendo grado de inclinación hacia el buen vivir. Por la ventana del cuarto las calles vacías denotaban las líneas de tránsito. Las nubes se agrupaban sin tapar al sol que irrisoriamente levantaba el ánimo. Sus sábanas lo despojaban tragándose todo recuerdo y duda, dándole alegría junto con el aroma del café. Ayuda en los quehaceres de la casa, los invariables pero enorgullecadores trabajos que armonizan el bienestar. Reside en paz tras cortarse las uñas, cepillarse los dientes; el acicalamiento completo. Dispone de su mentalidad en órbita para destapar a X. Retira el enorme libro y voltea su dibujo para saludarlo.

—Qué bueno es tener silencio, me da mucha esta-

bilidad para después poder transmitirla —le dice la cara antes de que pueda pronunciar una palabra.

—La verdad es que lo plano de tu hoja me da gran calma a pesar de cómo estén las cosas —elogia Él a la cara después de haberse relajado en lo que va de día.

—Yo sabía en el borde de mis cuatro esquinas que no puedes mantener una charla amistosa con un extraño que no comparta algo de tu esencia, por más contradictorio que sea tu fascinación por la música y su cultura —dice la cara.

—No estoy seguro de que sea un asunto acerca de mis particularidades, sino que me parece que se perdió el encanto —dijo Él sentimental, pero muy firme.

—Se ha perdido, no me convence como algo definitivo, creo más que estás encantado con la falta de emociones verdaderas —habla la cara como si fuera a llegar a salir de la hoja y posarse en el cuello de Él —y esa asociación junto a tu intelectualidad te forja más vicios que placeres.

—Las emociones solo fijan una postura determinada, y al parecer, hasta cuando sucede esto se denota que hay más de una, así que este tiempo perdido en mí mismo será consecuencia para una nueva etapa —dijo Él pensando en que se iría de la universidad pronto.

—No pierdas tu credibilidad por no saber actuar a tu tiempo, y aprovecha este desligamiento para poner algo de música, para pintar todo este cuarto de blanco —dice la cara haciendo referencia a la canción *White Room*

de la banda Cream, tratando de ser amistoso.

Él enchufa su Ipod clásico de 160gb en el estéreo, mientras piensa que ya está discontinuado y que solo pocas personas tienen o tuvieron la oportunidad de sacarle el jugo a tan increíble invención como el Ipod clásico. Visualiza que ha empezado a llover o, que al estéreo le entró una tierra y hay un cierto grado de estática.

—Este es tu cuarto propio, ¿no es verdad? —dice la cara queriendo establecer un punto.

—Sí —responde César.

—Veo que tienes todas tus cosas ordenadas, ese es el primer paso para la expresión —la cara estaba muy segura de sí misma.

—Para la expresión no se necesita mucho, para que se entienda el mensaje hace falta mucho, y hoy en día cualquier palabra arrastra a la cultura por los pelos, al menos que hables disparates y se te caiga el cabello —dice Él muy calmado, pues, a Él le queda una melena.

—Deja la empatía a un lado —dijo la cara como si hiciera un chiste interno —¿Te gustan las cosas ordenadas o no? —La mirada de la cara es lo más petrificante que Él haya visto.

—¿Qué importa eso? ¿Acaso los días de mi vida están ordenados? —dijo Él liberando tensión —lo que sí están es contados, eso seguro.

—Ordenar tus cosas, como ya lo haces, es entrenar tu atención hacia un foco —dijo la cara —relajas tensión con eso.

—No sé entonces dónde encajarte, mi pequeño amigo —dice Él —¿Entre las colillas? ¿Entre mis libros? ¿Entre mis otros dibujos de papel?

—Considérame tu tatuaje mental, considérame debajo de tu piel —dijo la cara.

El día se pasó con mucha rapidez. La noche se acercaba mientras la pila del Ipod estaba por agotarse y las orejas de Él estaban ya entumecidas. No concebía ninguna acción desde su razonamiento más que irse a dormir después de una ducha. Alistado y renovado tras una gran nube de vapor que sale del baño, tras su partida entra al cuarto, se despide de X. Lanza su carne encima de la cama, estaba exhausto. Con las manos por encima de su frente se acuesta. Empieza a soñar una vez más.

Esta vez la localidad del sueño es un desierto. Ve algunos de los famosos relojes de Dalí pasearse por los acantilados de arena. Todos con la misma hora, o era la representación del tiempo en las inmóviles garras de la gravedad. Él caminaba bajo ese sol intenso. Esa bola de fuego que quema gracias al oxígeno. Esa respiración que no tiene intervalos más que puntos de quiebre. César siente como se desvanece su alma en el sueño. No está desesperado pero ha perdido sus gafas de sol. Empieza a desnudarse, sin dejar un rastro de ropa continuo. Cada prenda es colocada en la arena, y ahí se transforma en agua. Con los pies mojados se desliza sin levantar la planta del pie. Cada vez la arena está más arriba. Siente como el reloj de arena lo traga hacia otra dimensión, aunque en

la que está todo permanece igual que en la realidad, su cuarto seguía siendo su cuarto, *al parecer*.

Su peso en la arena vista como una malla hace desbalance en la gran alfombra. Él es un centro de gravedad. Hasta que siente una presencia conocida, es la presencia de X. En su sueño aparece como una gran ave, un albatros, perdido lejos de la costa en el gran desierto que creó Él para que vivan los dos en armonía a pesar de sus destinos fatales. Sigue a su amigo empujando toda la densa arena. El territorio circundante yace dorado, como si ni un ápice de luz pudiese traspasarlo y sin embargo reflejaba toda la luz posible. Un color tan purificador que ciega, lo ciega placenteramente, el ave vuela sobre un cielo amarillo igual, no se distingue el horizonte, *a lo mejor no hay*. Es el final. El fin del camino. Entre tanto brillo retumba un rayo. Un rayo en medio del homogéneo desierto seguido por un trueno que agudiza los sentidos. *No esperaba eso, no sé de donde salió.*

Tanto Él como X desaparecen por completo. Ya en mi conciencia no residen, por lo tanto en mi inconsciente tampoco. Todos ellos, también el mejor amigo de Él, eran proyecciones. Yo sólo estuve con ellos mientras ellos estaban conmigo. No necesitaban una galaxia, a lo mejor algunas palabras en cursiva.

V

Las reglas de los juegos son sencillas se aplican para un fin, que a su vez tiene un fin, pues, hasta los videojuegos condicionan y se rigen por acciones, por resultados iniciados. Ver la vida como un juego no es mejor que verla como un campo de juego y verla con ojos cansados requiere de varios consejos.

Sentados en la mesa, el cenicero de cerámica cuidadosamente puesto, las birras en los posa vasos, las sillas con los respectivos cojines y las cartas rotando de mano en mano, estamos jugando. Algunas cartas con mayor valor que otras, ese es el juego. Tener la delantera es establecer una voz.

Pedir situaciones para entablar puntos y sumarlos a la cuenta. Mezclar el mazo en una nueva mano, dejar que el que está a la izquierda lo divida y escoja o no su carta. Poner una carta sola en la mesa después de repartir que cambia las funciones, altera cada carta, las normales pueden pasar a ser altas y las altas pueden mantenerse, no degrada el valor de algunas. Es un complejo sistema. En el juego la trampa no vista no es trampa. Se cuela entre los pasos siguientes pero queda en el jugador. Varias partidas y hemos cambiado de parejas, nos hemos pasado birras y ahora que se acabaron nos disponemos a seguir tomando sangría.

Claro que para cuando salí agarré la cámara. Me la llevo así sea en el bolsillo, donde cabe cómodamente. Ya estos panas saben de ella. La saco y tomo algunas fotos. Les digo que se las pasaré. Las fotos las puedo pasar mediante conexión inalámbrica al teléfono dondequiera que estoy. Sin tener que extraer su memoria las integro a las galerías de fotos del móvil. No me sirve la cámara para hacer trampa. No hay manera de que eso resulte. Las cornetas suenan bien. Ha pasado un largo rato, ya se hizo de noche. Cayó la oscuridad poco a poco. El día había culminado y yo estaba divirtiéndome. El atardecer no dejó su estela crema en las nubes, era una noche sin nubes. No pensaba ni en dormir ni en el sueño.

Gané unas cuantas partidas. Obviamente no aposté, decidí que ya con el gasto de las cervezas era suficiente. De ese modo las partidas duran más no hay tanta presión. No he cenado y me siento fallo. Las chucherías me calman por un rato, pero ya le voy avisando a B para irnos. B me capta la seña, él también tiene que regresar pronto. B recibe varias llamadas a su teléfono, de su mamá, de la novia. Lo esperan. Ambas quieren que llegue ya a su casa.

Ambas saben que está en casa de O jugando. Ambas dos en sus respectivos hogares. Paramos la música, desenchufan el teléfono. El cenicero se lleva a la cocina. Me termino mi vaso. Recojo las cartas.

Lo cierto es que el trato no se dio. No se concretó la transacción. Todos los inventivos argumentos

quedan en el aire acondicionado del carro. El juego los distrajo. Algunos mensajes eran intercambiados, ellos dos, O y B hablaban de maneras de seguir mañana; de no perderle el hilo. Tenían varias cosas en qué pensar. La cámara la tengo en el bolsillo así que me dispongo a salir. Me despido de O. Me llega un mensaje de J respondiendo mi mensaje de voz.

B está a punto de montarse en el carro con el vaso en la mano, le quedaba trago, a lo que me dice que si quiero manejar. Yo no soy diestro en sincrónico, pero le digo que si tiene paciencia a lo mejor lleguemos lejos. Me monto en el puesto del piloto. Me abrocho el cinturón y enciendo el motor. Pongo la radio en un volumen aceptable mientras B me da las explicaciones básicas para poner en marcha el carro. Como estamos de bajada el arranque no me cuesta. Después cuando vienen las intersecciones me ayudo con el neutro, si es que vienen carros, sino acelero para poder hacer el cambio. Con las luces del carro prendidas, B me comenta que tiene que buscar a su hermano menor en el colegio. De noche es raro. El hermano participa en las gaitas de su promoción y acaban de terminar el ensayo. Me dirijo a la Floresta, donde fue la primera vez que me intentaron enseñar a manejar sincrónico. Esa vez no pasaba de cuarenta kilómetros por hora y pensaba que iba rápido. El carro de B es del mismo modelo de esa vez así que los pedales ofrecían la misma resistencia. Llego a la entrada del colegio donde me gradué. Ese manchón anaranjado se me apaga

cuando freno por completo.

Me cambio de puesto y prendo un cigarro. Me quedan todavía unos cuantos. Le quito un poco del trago a B y el hermano se sienta de copiloto. Le preguntamos por las bailarinas en su promoción a lo que nos da mirada aprobatoria pero sin decir nada. No había más nadie esperando para ser buscado. Subimos el volumen a la música. Hablamos de todo un poco en el trayecto. Por suerte vivo cerca. Tan cerca que voy para allá a montar bicicleta. Tengo todo un circuito que llevo a cabo. B se lució haciendo cambios y más cambios. Ni yo ni el hermano estábamos claros. Me dejan en mi casa, abro la puerta, saludo al vigilante, intercambiamos algunas jodas, me pide un cigarro, se lo doy y subo las escaleras.

En el ascensor retomo en lo que andaba. Juego con las llaves mientras llega. Las envuelvo y las desenvuelvo haciendo que terminen enrolladas en mis dedos, una y otra vez. Me falta leer los textos para mañana. Mañana me tengo que parar igual de temprano que hoy. No he cenado. En el espejo veo el fin del día en mi mirada. Me reconozco como por etapas. El día ha sido largo. No tengo morral, pero peso, peso. Marco el botón, no se queda prendido, igual el ascensor cierra sus puertas. De frente logro tener una última imagen en el espejo de la planta baja, cuerpo completo y después la unión de las dos puertas que empiezan a subir.

Abro la reja, luego la puerta. Saludo. Mi mamá está en la sala. Yo le había mandado un mensaje avisando que

saldría en la tarde. Me pregunta si aposté, le digo que no. Ella está pendiente. Me dice que me guardó comida. Unas arepas están en un plato tapado en la cocina. Primero me bebo parte de una botella de agua. Luego me voy para el balcón. Pasando le comento que manejé, se ríe despreocupada. Prendo la luz del balcón. La pantalla de la televisión ocupa toda la mesa. Acomodo el mantel y prendo la televisión. Está en otro canal de la última vez que la usé, me imagino qué habrán visto. Es un canal de comedia internacional.

Se me escapa la mirada por la ventana. Los árboles ya no son particulares, la noche ha cambiado su sistema, ahora todos están de reposo por igual. Se ven como una gran masa apagada. Sus topes son inconsistentes. Algunos están entre luces, otros rodean zonas iluminadas. Los que están más de cerca tienen aspecto de ser dibujos. La cámara no tiene flash. Termino de comer. Veo parte de una película que ya había visto varias veces. Lavo las cosas.

Me fumo un cigarro en mi cuarto. Respondo los mensajes del teléfono. J no ha visto el documental todavía. La pantalla de la laptop sigue abierta y desbloqueada. Las lecturas ya están descargadas y es solo una que tengo que leer. Es una lectura sobre los distintos tipos de escritores, los ingeniosos y los escritores sentimentales. Es escrita por Pamuk. Es una conferencia que dio en una universidad en los Estados Unidos, creo que es Harvard. Hay algunas referencias a su libro *El Museo de la Inocencia*,

una novela larga donde la obsesión del protagonista por una chica, y sobre todo sus pertenencias y despojos, hacen que se cree un museo del que ella no sabe nada.

Mi mamá pasa a despedirse. Su día seguramente también fue largo. No quiero preguntarle si sabe algo de cómo terminó el diálogo, pero ya mañana en las noticias estarán resumidos los puntos del mismo. Me pregunta si me quedo despierto o si me voy a dormir. Le digo que me falta leer un texto que en verdad está medio divertido. La invito a sentarse y escuchar. Se sienta en mi cama. Yo mientras leo copio. Tengo mucho sueño acumulado. La conferencia se ha hecho larga. Habla sobre el centro de una novela y cómo tiene que girar todo entorno a esto, o como termina todo girando en torno a esto.

Tras leer y llegar al último capítulo decido no leer más, leí lo suficiente. Mañana estaré pendiente, pero no es ningún examen. Discuto con mi mamá algunas de las novelas que nos son conocidas. Leo en voz alta algunos días. *El viaje al fin del Mundo* de Hennin Mankell, es el que estoy leyendo ahora, antes leí varios cuentos de Poe. Disfruto de la conversación. Me quedan dos cigarros, me prendo uno y guardo el otro para después de la noche. Mi mamá se va a su cuarto. Mi hermana ya está en el suyo con la puerta cerrada.

Solo en mi habitación con la luz prendida, la cama vacía y todos los peroles ordenados en su sitio. Cierro la laptop y la pongo en su lugar a cargarse. Cierro el cuaderno y lo meto de una dentro del bulto. Ya no hay agua en

el edificio, pasó la hora. La sala está vacía. Me he quedado solo en la noche del día. Saciado y reflexivo en cómo se desenvolvió todo. Me llega una imagen mental, un supuesto recuerdo. Me nublo por completo. Estoy en un campamento. De niño.

Soy yo. Cuando una fiesta se llevaba a cabo, era de noche. Obviamente no había alcohol ni nada por el estilo. Recuerdo que la pista de baile era redonda, había antorchas bordeando el lugar. Me enviaron sólo para este campamento. Hice amigos nuevos. De repente veo a una pelirroja, ahí me doy cuenta de que ya había soñado esto y ahora lo recordaba. Ella siempre me había llamado la atención, pero no sabía de dónde. Ella está en ese sitio. En el recuerdo yo me aproximo y le hablo, somos los únicos conocidos ahí que no se han presentado. La luz del cuarto me trae de nuevo. Terminó mi cigarro. No le quiero dar vueltas al asunto. Duró tan poco.

Me cuesta regresarme del pensamiento. No hay posibilidades, ni alternativas. Para cuando viví esa experiencia era un deja réve, un sueño ya vivido que se manifiesta, para estas horas en las que estoy es solo un momento de conexión con mi alma. Pienso en escribirle a Ella, la del sueño, pero ya será mañana cuando lo haga, por hoy hice todo lo posible por atraerla. Me voy a dormir.

Suerte

No se mira en el espejo con memoria, cada vez su rostro revela aspectos. Comprende con su cara su meta, más no su camino. Amigos acumulan arrugas frente al brillo mate de la luz que trazan sus acciones como puntos consecutivos. Se les reconoce mientras reflejan el brillo directo a su envejecida cara; lo llamaban Experto.

Sale de su casa sin zapatos un minuto antes, pisa firme en una acera rota que logra leer, mientras edificios sortean sombra a sus pupilas. No se fija en su sombra, menos en la de otros acompañantes. Monta el metro al pasar su ticket arrugado por un lector. Gente procura no enfocar y se ocupan a suavemente estar sin dar respuesta. Sale del vagón con igualdad en los pasos que son costeados por pisadas ajenas a su voluntad. En una avalancha comedida, se encaminan como semillas a la corriente de agua subterránea. Consigue cambiar de línea de metro para seguir siete estaciones.

Sale a la luz, y esta señala la distancia desde la acera. Experto encara, mirando a una muchacha parada distante, que rebota como nadie su reflejo, o una combinación de ambos; lo deja ciego. Se mira mientras ella se mira. Ella, denominada por la sociedad como Vida, buscaba verse de nuevo en sus ojos.

Sin detenerse, avanza para encontrarse con ami-

gos en la esquina de la avenida. Iba, cegado, a la casa abandonada donde pasaba tiempo. Nada perturbaba su trayectoria más que su rápido avanzar hasta el carro. Se prende y de una se maneja. Nubes como arena mojada delinean el paso del carro por el territorio azul cielo.

Llega a la casa donde es saludado cordialmente con entusiasmo. Adentro las paredes sin relieve forjan espacios únicos. Como de costumbre, el desorden en la mesa de madera, la silla recién usada, la cama en el suelo, colores regados en la puerta y humo estampado al techo. Recorría Experto cuarto tras cuarto buscando un espejo, no lo hay. Decide buscar y buscar hasta encontrar a Vida. Un día o un mes, a lo mejor un año y nuevas puertas aparecían cada instante en el que deseaba morir.

Cansado, pero no derrumbado, cruza el pasillo llegando a la sala. En el sofá violeta, sentada, Vida lo mira. Respiros se acercan. Experto envejece, recortando vacío hasta muy viejo estar. Ella se para y anda, busca llegarle antes de que muera. Camina y va rejuveneciendo, cada vez más niña. Se consiguen sin tiempo, y palabras son arrebatadas por encuentros entre sinceros parlantes. Manos posan nuevas células vivas, ahora no tapadas por ropa. Explota de repente la casa creando un hueco infinito, una nueva galaxia dispuesta a ser visitada.

Contenido

7	La Nube Vertical
11	I
23	Unas vidas por delante
27	II
41	El Vagabundo que se creía bohemio
51	III
85	Sublime
89	IV
105	Los fantasmas culturales
119	V
127	Suerte

Este libro fue diseñado y exportado para su publicación en AMAZON por SULTANA DEL LAGO EDITORES, en los talleres gráficos del poeta Luis Perozo Cervantes, en Maracaibo, estado federal del Zulia, en el continente americano, del planeta tierra; a los 23 días del mes de noviembre de 2020, el mismo día del año 1939 en que nace el novelista zuliano Jorge García Tamayo.